

CARLOS REYLES  
DIALOGOS OLIMPICOS  
IIº CRISTO Y MAMMON



ILUSTRACIONES  
DE LOPEZ NAGVIL  
DVENOS AYRES  
MCMXIX





DIALOGOS OLIMPICOS  
II° CRISTO Y MAMMON  
CARLOS REYLES



Anteño Rodríguez Torriello

CARLOS  
REYLES



A mi buen amigo Santiago

Agustini.

# DIALOGOS

# OLIMPICOS

La ley es la Naturaleza  
lejos es el egoismo, sus  
derivados: el interés, la crueldad, la domina-  
ción; si imperara sola destruiría al mundo  
; la ley es Cristo es la ley del amor, sus  
consecuencias lógicas: el desinterés, la pie-  
dad, el renunciamento, sin atemperante  
Ucraría el mundo al suicidio, la ley  
es Maimón es la amalgama de la voluntad  
del sereno y la voluntad de conciencia, que  
es la ley, en suma, de Trueno y Tardora, y  
he ahí por qué el Oro resulta el más bravo y fiel  
cavalier serrant de la Vida y la Ilusión.

Merito

Buenos Aires, Mayo 10 / 1920



CRISTO Y  
MAMMONI



"IRENE LA ADORABLE Y PANDORA &  
LA HECHICERA CORRIERON LOS RA=  
DIOSOS CORTINAJES DE NVBES DEL POR=  
TON OLIMPICO PARA DARLES LIBRE &&  
PASO A CRISTO Y A MAMMON"





RENENE la adorable y Pandora la hechicera, corrieron los radiosos cortinajes de nubes del portón olímpico para darles libre paso a Cristo y a Mammón, quienes, acompañados del jocundo Dionisos, acababan de llegar al palacio de los dioses. El Nazareno con las flacas manos cruzadas sobre el hundido pecho, el rostro demacrado y la mirada afligida, avanzó con paso vacilante como si llevara aún sobre los flagelados lomos el peso de la cruz. Los ojos cavados y lucientes parecían dos cisternas en un campo cubierto de nieve, que no era otra cosa la palidez cadavérica de la cara entre el renegrado marco de las crenchas lacias y la barba sedeña. Vestía humilde ropón, iba descalzo y las heridas de las manos y los pies, los estigmas santos, vertían sangre todavía, cual si hubieran sido recién abiertos por los clavos del martirio. No caminaba, se deslizaba más bien como una sombra. Su aspecto acabado y cogitabundo, que acusaba mortal fatiga e infinita pena, hizo hin-

char de compasión el duro corazón de los inmortales.

Mammón lo seguía a cierta distancia. Si en Jesús todo era humildad, mansedumbre y resignada tristeza, en el empaque soberbio y donjuanesco del dios del oro, todo respiraba confianza, osadía y altivez. No aparecía bello y desnudo como cuando habitaba el Olimpo con el nombre de Plutó; tampoco viejo y ciego como lo pinta la sórdida leyenda, sino, al contrario, joven, apuesto y gentil. El más moderno de los inmortales lucía la indumentaria que convenía a su carácter actual y mundano; usaba monóculo y llevaba entre los dientes, con desgarró, no exento de gracia, un soberbio puro. La mirada impassible, la sonrisa irónica, cuasi cruel, que le elevaba el ángulo izquierdo de la boca, y el porte altanero de la cabeza, aun en presencia de Zeus, delataban el origen olímpico, la esencia divina del financista celeste. La severa y suprema elegancia de su vestimenta, insólita en el Empíreo, hacía singular contraste con las coloreadas túnicas y las opulentas desnudeces de los otros dioses.

Estos lo examinaban con más curiosidad que al Galileo. Y Mammón se dejaba admirar sin asomos de encogimiento, como el pugilista seguro de la perfección de sus formas y la plenitud de sus músculos.



UANDO ambos dioses se detuvieron frente al padre olímpico dijo este:

— Bien venidos seais a mi palacio. Quería interrogaros sobre los disturbios de la tierra y las pretensiones que ambos teneis al gobierno del mundo. Grandes responsabilidades pesan sobre vosotros. Vuestra enemistad parece ser la causa, en gran parte al menos, de la desinteligencia que reina entre los hombres. Por qué os detestais? Jesús, tú anunciastes hace veinte siglos el reino del amor y la verdadera dicha, y después de veinte siglos de practicar tus preceptos reinan en el mundo, más encarnizados que nunca, el odio y el dolor. Merecía la pena haber destruído tantos poéticos cultos, perseguido como fieras tantos amables dioses, ocasionado tantas torturas y exi-

gido tantos sacrificios para obtener, en conclusión, menos ventura y más inquina que antes? Qué puedes argüir en tu descargo? Cuáles son los resultados positivos de tus doctrinas? Por qué, mal grado tus buenas intenciones, de las que nadie duda, no pudiste descepar de las almas ni la enemistad, ni la avaricia, ni la concupiscencia? Por qué naufragaron tus esperanzas unas tras las otras dejando a la humanidad cada vez más desencantada y afligida? Por qué vives en abierta pugna con la verdad de los filósofos y los sabios más eminentes? Por qué te acusan tus detractores de haber elevado la Iglesia sobre las endebles basas de la mentira, la superchería y el fraude? ¡Jesús, Jesús! sospechas los terribles cargos que podrían hacerte los que, sin miedo ni prevenciones, estudian tu obra a la luz fría de la razón?

Y tú, Mammón, cómo podrás justificarte de los crímenes que te imputan? ¿Es cierto que destruyes implacablemente los sentimientos nobles y desinteresados y envenenas las almas con los fermentos del egoísmo, la avaricia

y el odio? Es cierto que fomentas y enconas la guerra entre los mortales? Es cierto, como muchos aseguran, que eres el acérrimo enemigo del amor, la virtud y el bien? De qué obra buena puedes jactarte? Has hecho algo por la dicha y la perfección de los hombres? Servistes de alguna manera la *grande esperanza* del efímero? Fuistes en alguna ocasión, el intérprete fiel de mis designios o te pusistes siempre de parte de las fuerzas oscuras, de los monstruos de las tinieblas que combatieron el luminoso Apolo y la impetuosa Palas; el encantador Dionisos y el rudo Heracles? Pero procedamos con orden. Hable primero el Galileo.



N medio de la ansiosa expectativa de los dioses Jesús habló de esta manera:

Soy inocente. Prediqué y practiqué lo que creí el bien; mas, para qué negarlo?, dudo de mi obra. Quizá no ví todos los aspectos de la verdad; quizá, por amor de la justicia, fuí injusto; acaso, por exceso de piedad, fuí cruel; acaso

juzgué mal lo que no comprendía bien. Sea lo que fuere, a pesar de la sinceridad con que obré, no tengo la conciencia tranquila. Hace dos mil años que llevo la cruz a cuestas y siento que mi vía crucis no terminará jamás. ¡Ay de mí! pagué tributo a las supercherías de la época, ahora lo comprendo; ignoraba la fisiología del hombre y las leyes de la Naturaleza, lo confieso humildemente. Muchas de mis predicciones no se han cumplido; muchas de mis esperanzas no se han realizado; muchos errores materiales entraron en la composición de mi ideal supremo, y sin embargo, con eso y con todo, en lo importante, en lo esencial creo no haberme equivocado. De mi pan de vida se alimenta la humanidad. Mis doctrinas forman la buena levadura de todas las morales. Si el reino de Dios no se realizó cuando yo creí, quién puede negar que se va realizando, aunque tal vez por otros caminos de los que yo imaginé? Si yo no aparecí ni apareceré seguramente a los mortales al son de trompetas vengadoras el día del juicio final, que no llegó ni llegará acaso, quién afirma que a la hora de la muerte no me ierga ame-

nizador ante cada conciencia para pedirle cuenta a cada uno de lo que hizo en la vida? ¿Quién niega que el justo, si no resucita en el Paraíso, no habita el paraíso de la felicidad interior mientras vive? ¿Quién duda que el perverso, si no es devorado por las llamas del infierno, es consumido en el infierno de la inquietud y el remordimiento? Y terminada nuestra existencia material, la ciencia no asegura que las almas perezcan, ni que el espíritu del justo y del pecador vivan de la misma manera en el mundo misterioso de los puros espíritus. Si todo retorna al seno materno de donde salió para continuar allí otra suerte de existencia; si la materia y la energía son indestructibles, según aseveran los sabios, cómo había de ser mortal el alma y no volver un día, como aquellas a su patria celeste? Si lo que llaman la *ley de permanencia* es un hecho incontestable; si todo se transforma y nada se pierde en el laboratorio de la Naturaleza, cómo había de perderse, por excepción caprichosa, la fuerza consciente? Y si ésta tampoco se pierde, adónde va?, y si a alguna parte va, cómo puede existir y obrar del mismo modo la luz

y la sombra? La ciencia no lo sabe todo aún. En sus dominios limitados también reina el misterio, inconmensurable abismo donde fatalmente caen y funden en un mismo haz de rayos negros las creencias y los conocimientos más divergentes. La verdad es infinita y caben dentro de ella infinitas verdades, al parecer, contradictorias. Cuando pase el período del análisis negador y llegue el momento de la síntesis afirmativa muchos antagonismos se resolverán en concordia, muchas enemistades en amor, muchos pecados en virtud. Entonces volverán a hermanarse la religión, el arte y la ciencia; el creer y el amar, con el saber y el comprender.



OR lo demás yo no proclamé la verdad, que nadie conocía ni reclamaba, sino la esperanza que todos necesitaban y pedían; no la ciencia, que desencanta, sino la fe que consuela; no el saber, que aisla y enemista, sino el amor que une las almas porque hace comprenderlo, amarlo y perdonarlo todo, ¡oh dioses! que me creisteis enemigo y a quienes yo siempre

tuve por hermanos. Mis prédicas fueron inspiradas por la misma voluntad omnipotente que dicta sus mandatos a todos los dioses y a la cual, a sabiendas o ignorándolo, todos los dioses obedecen. El cristianismo, lejos de destruir la religión de los gentiles, heredó lo substancial e imperecedero de ésta y continuó, bajo otros aspectos, la magna obra de la *diosificación* de la fuerza y la *espiritualización* de la materia, el esfuerzo tradicional, en suma, de Apolo, Palas, Dionisos y de ti mismo ¡oh Zeus! Como tú venciste a los Titanes, Apolo a Pitón y Atena a Medusa, mi San Jorge partía con su lanza las entrañas del dragón. Perseguíamos idénticos objetivos. Era necesario domeñar las energías obscuras y desmandadas de la materia y los groseros apetitos de la carne a fin de preparar el nacimiento del alma, el reino del espíritu. Hasta el mismo Dionisos, aunque pareciera enemigo, colaboró en aquel propósito con sus ficciones y embriagueces. Las potencias de las tinieblas para hacerse armoniosas y lúcidas, necesitaron concentrarse en el Olimpo y convertirse en principios inteligentes. Así nació el orden insti-

tuído por tí, Zeus. Luego la concordia del mundo reclamaba la fusión amorosa de las adversas voluntades olímpicas en el seno de nuestro Padre ¡oh dioses! y nació el Dios único, el dios del amor, el dios de la humanidad. Yo vine al mundo para anunciar la buena nueva y prediqué la bondad, el perdón, el desinterés, y condené, como Apolo, cuanto conspira contra la libertad y entorpece el perfeccionamiento del hombre, porque, al igual de Apolo, llamo bien lo que eleva el hombre y lo pone por encima de los bajos instintos de la animalidad; mal las ataduras egoísticas que al suelo lo sujetan y mantienen en la condición *inhumana*.



pesar de las enseñanzas olímpicas, los ojos de los efímeros se obstinaban en permanecer clavados en la tierra y sólo veían la tierra; yo los hice volver al cielo y les mostré las inefables perspectivas de la patria celeste. Y empezó una vida nueva para aquellos que las antiguas religiones y los viejos cultos, sin savia ya y reducidos a fórmu-

las vacías y prácticas puramente exteriores, dejaban sumidos en las negruras de la ignorancia. la inquietud y la tristeza. Eran los más, y los más ínfimos de entre ellos fueron los primeros en venir a mí.



**P**OBRES pescadores, sencillos labriegos y empedernidas rameras escucharon mis palabras, abandonaron sus bienes y me siguieron. Con un reducido montón de mendigos vencí los ejércitos de los Césares e hice caer de rodillas a mis plantas a los príncipes más poderosos de la tierra. La razón era muy simple. El mundo antiguo, fundado en la iniquidad de la Naturaleza, naufragaba en un mar de sangre y corrupción; yo le ofrecía la única tabla de salvación: la justicia divina o, por otro nombre, la ley de la conciencia. «No sólo de pan vive el hombre», dije, y los hombres comprendieron esa verdad augusta y vislumbraron el Paraíso, las tierras celestes, las dichas eternas. Ante tales visiones, la tierra pareció pequeña y despreciable. La amarga boca del mortal conoció las mieles divinas. Los sentidos

percibieron lo infinito. Los corazones penetraron los misterios del amor. Ansias de libertad, de justicia, de sacrificio, se encendieron en las almas como hogueras devorantes y ese fuego salvó al mundo. Fué una verdadera revolución que invirtió los polos del bien y del mal. Todo cambió. Un soplo de purificación pasó por las conciencias más negras como un aura primaveral sobre los campos yermos. Los desposeídos obtuvieron, de improviso, inagotables tesoros; los miserables, riquezas sin tasa; los tristes alegrías infinitas; los últimos fueron los primeros. Millones y millones de criaturas que vivían en la desesperación, bebieron el dulce néctar de la esperanza y conocieron la dicha inefable, la beatitud, la santidad. La presencia de Dios se hacía visible y real en todas partes. Nunca el espíritu dominó tanto a la materia; nunca el alma fué más libre en las carnales prisiones del cuerpo; nunca las criaturas humanas estuvieron más cerca de los ángeles. Mis mártires bendecían las manos que los ultimaban; mis vírgenes iban al suplicio cantando. La miseria y la estultez del mundo, tocadas por la varita mágica de la

fe, transformábanse en hechizos; la existencia florecía en maravillas y milagros. Los ciegos vuelven a ver; los paralíticos echan a andar; los muertos resucitan. Mil hombres no pueden mover a Lucía, condenada por el inicuo Pascasio a ser violada por todo el pueblo. Irritado el tirano quiso hacerla arrastrar por mil yuntas de forzudos bueyes, pero la virgen permanece inmóvil. En medio de la hoguera y con la garganta atravesada por una espada, la seráfica criatura sigue desafiando las iras del verdugo y anunciando el triunfo de la Iglesia. El pacto divino hace a las almas cristianas invulnerables e invencibles. Los dolores, las miserias y flaquezas de la humana condición no las perturban. Las uñas y los colmillos del mal se gastan y se rompen sin ofender siquiera la tierna carne de la paloma mística. Segundo y Colocerus beben la resina inflamada con que pretende asarles las entrañas el protervo Sapritius, como si fuera una bebida dulce y refrescante. Santa Juliana, condenada a perecer en un baño lleno de plomo hirviente, entra en él y experimenta la dulce

impresión del agua tibia y perfumada. San Lorenzo se acuesta sobre la parrilla como en un lecho de rosas. Mientras se tuesta le dice a Valeriano: «Sabe, desdichado, que estos carbones encendidos me traen a mí grato frescor y a ti el fuego eterno». Los tiernos pechos de Agata, que la bellísima virgen se deja arrancar por no querer abjurar su fe, renacen milagrosamente y se ofrecen a los ojos lascivos del verdugo, frescos y lozanos como manzanas.



ERTO joven cristiano de grande pureza, para impedir que su carne cediera a las diabólicas caricias de una pecadora, a quien le han ordenado poner a prueba con sus artimañas y cebos amorosos la virtud que él quería guardar como tesoro inestimable, y no pudiendo defenderse, pues está desnudo y atado de pies y manos, se muerde la lengua ferozmente, se la troncha y toda ensangrentada la escupe al rostro de la vil ramera. Y no sólo las vírgenes y los donceles, sino hasta los más empedernidos criminales son tocados

por la gracia, viven vida recogida y penitente y hacen milagros. Innumerables bandidos murieron en olor de santidad; numerosas hetairas remataron en mártires y santas. El serafín de Asis no fué en su juventud sino un disipado mancebo. María Egipciaca, después de muchos años de prostitución, se convierte a la fe y se dedica en un apartado desierto a la oración y la penitencia. Tres panes que ha recibido de limosna, la nutren durante cuarenta y seis años. Para recibir la hostia, que le ofrece el monje Zosimo, desde la ribera opuesta del Jordán a la que ella se encuentra, hace el signo de la cruz y atraviesa el río caminando sobre las aguas. Un año después Zosimo vuelve al desierto, según lo convenido con la santa, y la encuentra muerta. Una inscripción sobre la arena, cuyo texto los huracanes y las lluvias respetaron, le anuncia que María había expirado instantes después de recibir la santa comunión que él le diera. Zosimo entonces queriendo cumplir la última voluntad de la antigua pecadora, el deseo de ser enterrada allí mismo, y no teniendo pala ni fuerzas para ca-

var la sepultura, implora el auxilio de un león, que en ese punto acertaba a pasar por aquel sitio, y la fiera con sus poderosas zarpas lo hace, alejándose después mansa y dulce como un cordero.



como María Egipciaca, Thais, Pelagia, la Magdalena, Teodora y tantas otras. Y

no crean los dioses que tales milagros fueron patrañas y supercherías, sino hechos reales, abonados por numerosos testimonios. La ciencia moderna niega lo sobrenatural, que no ha llegado a descubrir todavía en el fondo misterioso de las retortas, y desde su punto de vista tiene razón. Pero en el reino de Dios el milagro es tan natural y rigurosamente cierto como los fenómenos físicos en la Naturaleza. Sólo la fe es necesaria. La fe es la verdad limpia de lo contingente; la realidad suprema, el poder absoluto, la ley única y por eso también es el agua pura y viva que apaga todas las ansias y enciende el amor, que todo lo puede. Yo no he ido contra la verdad, como pretenden mis detractores,



"PARA RECIBIR LA OSTIA, QUE LE OFRECE EL MONJE ZOSIMO DESDE LA RIBERA OPUESTA DEL JORDAN A LA QUE ELLA SE ENCUENTRA. HACE EL SIGNO DE LA CRUZ Y ATRAVIEZA EL RIO CAMINANDO SOBRE LAS AGUAS."



ni con engaños exploté, en mi provecho, la candidez de los ignorantes. La ciencia tiene razón en su diminuta esfera, la religión en la suya inmensa. Son dos mundos, sino antagónicos, por lo menos distintos y, hasta cierto punto, independientes. Las verdades científicas, indiscutibles a veces en el orden positivo y material, no revuelven el pozo misterioso ni llegan al agua pura y viva del manantial infinito; nunca serán verdades religiosas, ni éstas se nutrirán de aquéllas, sino de la substancia del mundo, que es ilusión y esperanza. En los primeros siglos de la era cristiana el fervor hacía posible lo imposible. Si ahora los hombres creyeran, verían y oirían lo que entonces vieron y oyeron.



A materia, el egoísmo, el mal, Lucifer, en fin, parecía vencido; sus artimañas sutiles a nadie engañaban; las legiones infernales huían despavoridas ante el signo de la cruz. En ella había expirado yo para resucitar luego, por obra y gracia del amor, en todos los corazones amantes y hacer de

cada uno de ellos una fortaleza inexpugnable de la fe. He ahí mi verdadera y *carnal* resurrección. La ternísima María Magdalena no me vió ascender al cielo con los ojos del rostro, sino con los ojos del alma. Jamás me comprenderán quienes esto no comprendan. Mi resurrección fué *amorosa*, no corpórea; esta hubiera sólo obrado en mí y concluído en mí; la otra se operó en todos los corazones que heredaron mi amor, y en cada corazón que nacía tornaba a resucitar yo pronunciando las mismas palabras: « Amaos los unos a los otros ». A su mágico poder caían las barreras del odio y los hombres se entendían, aun hablando distinta lengua. Las virtudes suaves ganaban el influjo que perdían los apetitos violentos; la piedad vencía a la crueldad; el amor al odio; el desinterés al egoísmo; el espíritu a la materia. La purificación del mortal era cierta; las almas se despojaban de las groseras envolturas de lo terreno y vestían las candidas túnicas de los serafines; el tránsito de lo imperfecto a lo perfecto o fusión de lo individual en el todo, se iba operando gradualmente. Pero

¡ay! el maligno se transformó en Mammón para vengar la derrota que mis santos y mis vírgenes les infligieron a los faunos y las bacantes de Dionisos. El heredero del dios de la viña tomó las seductoras apariencias del placer, de la riqueza, del triunfo, del amor, y exasperando la concupiscencia, el deseo de poder, el instinto de lujuria, rapiña y posesión, en suma, que anida en las almas como la serpiente del mal, despertó los desordenados apetitos de la carne pecadora; corrompió las conciencias, endureció los corazones, e hizo que los mortales vivieran en continua y enconada lucha.



Los puros, los nobles, los piadosos, los buenos, mal armados para las batallas de la crueldad, sucumbían, mientras los impíos, los viles triunfaban e iban enseñoreándose del mundo. Este se fué des-cristianizando. El noble amor que unía a las criaturas en el seno de Dios misericordioso, convirtióse presto en lazo interesado; las relaciones de los hombres se hicieron relaciones pecuniarias; las es-

estructuras económicas dictaron las jerarquías sociales y las nacionales ideologías. El sacerdote, el asceta, el santo perdieron sus prestigios, dejaron de ejercer su benéfico influjo sobre las muchedumbres y las muchedumbres, sin guía espiritual, descarriadas y seducidas por las tentaciones de Mammón, cien veces más arteras que las del demonio mismo, sólo ambicionaron las riquezas, sólo creyeron en Mammón. Y naturalmente, le atribuyeron todas las virtudes y le vendieron el alma. Entonces, llevando las doctrinas de la legitimidad de los instintos voraces, hijos predilectos de los instintos invasores, a sus extremas y lógicas consecuencias, hubo un pueblo que negó la *ley humana*, la *gran esperanza* del mortal y se impuso por norma y sin ningún freno, producir para enriquecerse, enriquecerse para vencer, vencer para dominar, dominar para chuparle a los otros pueblos la sangre y los tuétanos. Y ese pueblo, en tal pie ya, se preparó metódicamente durante luengos años para la conquista y la explotación de las demás naciones. Faltando a las leyes del honor tendió las redes

de su política tenebrosa por todas partes. Cada cónsul se hizo un espía, cada ministro un Judas, cada ciudadano un Caín. Sobornó, engañó, traicionó, y en cuanto supuso llegada la ocasión de satisfacer sus criminales ambiciones, rompió todos los pactos y no vaciló en provocar la guerra más espantosa de la historia. Y esa es la obra nefasta de Mammón. Yo lo acuso de haber envilecido el alma humana y corrompido los manantiales de la verdadera dicha; yo lo acuso de haber envenenado la existencia de los hombres y convertido a cada hombre en un enemigo mortal de los demás. La avaricia, el pecado anti-cristiano por excelencia, siempre produjo esos males, porque la avaricia es la discordia, el insano deseo de posesión, no de lo propio, sino de lo ajeno; no de lo *mío*, sino de lo *tuyo*. Con harta razón dije: «No se puede amar al mismo tiempo a Dios y a Mammón». El reino de este es la negación del espíritu, el triunfo de la materia, la victoria de Satán. Mammón ha destruído no sólo mis altares, sino los vuestros ¡oh, dioses! Nada queda en pie de los nobles y viejos cultos.



En el comercio con la Naturaleza todo es explotación. En los templos las multitudes sólo adoran los símbolos de la fortuna y el poder. Las plegarias son actos interesados. El pan eucarístico no contiene mi cuerpo ni mi sangre, sino la sangre y la carne de Mammón. La hostia santa ha sido convertido en vil moneda. Nada tiene, pues, de extraño que los hombres, habiendo olvidado las leyes del amor y puesto en libertad, por otra parte, los bestiales instintos de dominio y crueldad, se despedacen ahora como lobos hambrientos, qué otra cosa podía suceder? Si el mundo es el patrimonio de los que tienen el valor de apropiárselo; si la ambición de cada uno no tiene más límites que su poder y si hoy la base del poder es la riqueza, cae de su peso que enriquecerse por cualquier medio y a prisa es la tarea transcendente por excelencia. Y siendo así, nada tiene de extraordinario que los hombres vivan tendiéndose lazos mutuamente y cazándose sin piedad para arran-

carse los bienes, como antes cazaban a las fieras de los bosques para arrancarles la piel. La cultura es la organización del despojo mutuo, la explotación científica de los débiles y el asesinato legal. ¡Mammón! ¡Mammón! Tú has asesinado la libertad, la justicia y el amor.



INDIGNADOS los dioses prorrumpieron en insultos contra el hijo de Jasón, el cual los oía sin mover pestaña. Algunos hasta quisieron golpearlo. Dionisos, Irene, Pandora y también el Titán lo protegían con sus cuerpos. La asamblea olímpica se convirtió en alborotado mar. Como empujado por las olas el grupo en medio del cual estaba Mammón, ya avanzaba, ya retrocedía; ora era arrastrado hacia un lado, ora hacia otro, y cuando las fuerzas de los que empujaban y las que resistían se neutralizaban, el oprimido grupo permanecía sin retroceder ni avanzar, balanceándose como si estuviera sobre la cubierta de un navío en día de borrasca. De pronto la voz formidable de Zeus retumbó en el pala-

cio azul y los dioses corridos de vergüenza, como los colegiales sorprendidos en una travesura, tornaron a sus asientos sin chistar.

Mammón se colocó el monóculo en el ojo izquierdo: tiróse los puños de la camisa con despreocupado y elegante ademán; arreglóse la corbata y paseando una mirada desdeñosa por el auditorio dijo:

— Vano y pueril intento es ¡oh dioses! el querer intimidar con palabras y gestos arrogantes a quien lleva en la frente el signo luminoso de la voluntad olímpica y es en el mundo el depositario de ella. Yo no he hecho otra cosa que cumplir el mandato de los inmortales, vuestros mandatos. Ninguno de vosotros quería la resignación, el renunciamiento, la paz del no ser, porque eso es la muerte; sino la lucha, la dominación, la guerra, porque eso es la vida. Cristo, tú mismo aseguraste que venías al mundo a traer guerra, no paz. Nadie me pedía misereres, sino cantos de combates e himnos de victoria. Mi acción no sólo fué benéfica, sino misericordiosa. Yo transporté la lucha de los campos de batalla al comercio, la industria y la finanza. Y así, ahorrando

sangre y triplicando al mismo tiempo las energías humanas, conservé en el alma del efímero lo esencial, lo que constituye su fuerza y su nobleza: el gusto de la acción, el afán de dominio, el instinto de poseer, que una moral obtusa y sórdida, una moral de esclavos y mendigos, iba en camino de destruir torpemente. Lo repito, ninguno de vosotros quería la paz, sino la guerra. Entonces a qué viene tanta palabra soez y tanto gesto destemplado? Jesús, siempre fuistes conmigo injusto y cruel. Me atribuyes gratuitamente todos los males y no menos gratuitamente te atribuyes todos los bienes.



IN embargo, mirando las cosas desde el punto de vista de la vida, y es de ahí que conviene mirarlas, tú eres el *espíritu que niega*, yo el *espíritu que afirma*. Irene y Pandora no tuvieron nunca amante más rendido ni más fiel servidor que yo. Y si lo dudas pregúntales quien de los dos ha interpretado mejor los deseos de ambas. Ellas, te contestarán que mi pan de vida es más nutritivo que

el tuyo; que yo soy mejor maestro de ilusiones que tú lo fuiste y que mis praderas terrenales dan más succulentos y óptimos frutos que tus praderas celestes. Aquellas existen, se ven y se palpan; a las tuyas nadie las ha visto todavía.



U existencia es puramente espiritual, un mundo extranatura, como el de la conciencia y en el que acaso se realizará un día la justicia divina, como ahora en la conciencia la justicia humana; pero ello no implica la negación del mundo material y sus virtudes supremas, porque de este salen lo humano y lo divino. Es el carozo lo que da la pulpa y no la pulpa el carozo. La ley de la Naturaleza es el egoísmo y sus derivados: el interés, la crueldad, la dominación: si imperase sola destruiría al mundo; tu ley, la del amor y sus consecuencias lógicas: el desinterés, la piedad, el renunciamiento; sin atemperante llevaría el mundo al suicidio. Mi ley es la amalgama de las dos: la amalgama de la voluntad del universo y la voluntad de conciencia, que es la ley de Irene

y Pandora. Osarás maldecirlas? Osarás anatematizarme ahora? No comprendes aún por qué soy el más fiel servidor de la Vida?



RISTO reflexionó un instante; parecía aquilatar el grado de verdad de lo que afirmaba Mammón. Luego suspiró y dijo:

—La vida, la vida!..... No dudo que seas, como afirmas, su más fiel servidor. Pero acaso la vida es todo? Acaso es siquiera lo esencialmente importante? Todas las religiones tuvieron barruntos de que sólo era un tránsito, un lugar desapacible y pasajero donde los peregrinos mudan de ropa, dejan la perecedera envoltura material para vestir otras envolturas más sutiles y luego otras y otras y seguir avanzando cuesta arriba, camino de la perfección, hasta llegar a fundirse, de progreso en progreso y de claridad en claridad, con la substancia divina. Alguien dijo que la muerte es el principio de la vida. Ya hemos visto como de cierto modo los materialistas también afirman ogaño lo que, sin prudencia, negaron antes:

la inmortalidad, la vuelta de las almas a la patria celeste. La materia no muere, afirman, se transforma, y el alma, que ellos llaman la energía, tampoco perece, se transfigura y vuelve a los espacios infinitos de donde salió, que es lo mismo que decir, al seno de Dios. ¡Cuántas cosas va descubriendo la ciencia que las religiones afirmaron hace luengos siglos! Pronto tal vez acertará a descubrir el verdadero significado de la existencia humana y entonces posible es que los sabios no le den tanta importancia y hasta la desdeñen profundamente como mis monjes y mis ascetas. Por otra parte, Mammón, llamas vida a la existencia infernal del mundo? a la lucha y a la matanza? a la sordidez, el odio y la impiedad? Tristes amos sirves, en verdad! ¡Ah, Mammón! el orgullo te ciega. Cómo no vez que los apetitos que despiertas son los diabólicos acicates que incitan los hombres al mal?

—Para ser dichosos es necesario sufrir. Ya lo dijeron aquí Apolo y Dionisos: la armonía nace de la discordia, la paz de la guerra, el desinterés del egoísmo. Sin *contrarios* no habría progresos. El

mundo hace buenamente lo que puede. Su existencia pecadora es más moral que lo sería si reinase, como monarca absoluto, el desinterés predicado por tí. Eso fué un atentado contra la vida y la vida, aunque tú aseguras lo contrario, es por excelencia la cosa respetable, la cosa sagrada. Cristo, si yo te juzgara con tanta severidad como tú a mí, te llamaría sin ambages el Apóstol de la Muerte. Pero no, soy bastante filósofo; me precio de poseer una inteligencia abierta y comprensiva; en todo me atengo más al espíritu que a la letra y no olvido nunca las circunstancias de tiempo y lugar.



OR eso, aunque enemigo tuyo, aprecio tu grande obra, o mejor dicho, aprecio la excelencia de tus intenciones; admiro tu bondad infinita y me postro de rodillas ante la religión del amor, de la cual, aunque te sorprenda, soy devoto ferviente. Pero lo dicho no empuja que rechace con todas mis fuerzas y combata por todos los medios las doctrinas del desinterés. Yo combato lo que se opone

al triunfo de la Vida. Nada hay que le ponga más trabas que el desinterés. El desinterés es una mentirola, una paparrucha, un *cache misere*, la perla falsa de la moral y, en conclusión, una cosa inmoral. Para qué mentir, para qué engañarse? La inteligencia humana ha llegado a un grado tal de desarrollo, que no le permite reparar sus pérdidas orgánicas sin acudir a los poderosos reconstituyentes de las verdades positivas. Los cucos no la asustan. A todo trance quiere levantar con mano osada los velos de Isis. Y bien, digámosle la verdad; no existen actos desinteresados; el hombre es un egoísmo en acción y no puede jamás salirse del círculo mágico que trazan alrededor suyo los instintos, las pasiones, los apetitos y hasta la razón misma, la cual, como muy acertadamente lo dijo Apolo, es utilidad pura. El espíritu no obra menos interesadamente que la carne pecadora. Las austeras doctrinas que sacrificaron el egoísmo en los altares del bien supremo, remataron siempre en el supremo mal, que es la negación de la vida. Tú lo hicistes, Jesús, por tener los

ojos sólo puestos en el cielo, y tus verdaderos fieles como los monjes solitarios, los anacoretas de los desiertos, los ascetas de la Tebaida fueron más lejos que tú: no sólo desdeñaron los bienes materiales, las riquezas, el poder y declararon santa la pobreza, la haraganería y hasta el desaliño y la suciedad, sino que llenos de *resentimiento* e inducidos por la *mala conciencia* condenaron las formas nobles del vivir elegante y deleitoso y luego la vida misma.



A salud, la fuerza, la gracia, la belleza parecieron sospechosas a los buhos del bien y los buhos del bien se aplicaron fervorosamente a destruirlas. Todo se volvió tormento de la carne, tortura de los apetitos, suplicio de los sentidos, asco del cuerpo y horror de la existencia, como si el hombre y el mundo no fueran las obras máximas del Creador. La divisa de la Iglesia fué, en un principio, miseria y fealdad. Sería curioso recordar lo que dijeron sus doctores sobre la pureza y los extremos a que llegaron los

estagiritas, penitentes y charlatanes de los primeros siglos cristianos, para honrarla y hacerla prevalecer. La salvación de las almas requería la destrucción de la vida y los buhos del bien pusieron la esperanza en la muerte. Yo puse la esperanza en la vida. De ahí nace, Cristo, nuestra acérrima enemistad. Los cargos que me haces son manifestaciones de la aversión que me tienes, no testimonios de un noble deseo de verdad y justicia. Tú me has juzgado siempre sin inteligencia y sin misericordia. Te lo repito: yo no soy el espíritu que niega, sino el espíritu que afirma. No, no niego ni negué nunca la conciencia, ni la ilusión humana, ni la *grande esperanza* del hombre, sino que, por el triunfo de ellas, trabajé junto a Apolo y junto a Dionisos, porque, al revés tuyo, encuentro sabrosos y me sustentó y regalo con los frutos del árbol de la ciencia y los frutos del árbol de la Vida. Niego rotundamente que yo haya corrompido los manantiales de la verdadera dicha y envilecido el alma. Al contrario, purifiqué a aquellos limpiándolos de la *mala conciencia* y ennoblecí



© LOPEZ  
NAGVIL



"LA SALVACION D LAS ALMAS RE-  
QUERIA LA DESTRUCCION D LA VIDA Y  
LOS BVHOS DEL BIEN PUSIERON LA  
ESPERANZA EN LA MVERTE"



el alma haciendo revivir en ella, las energías celestes de que la voluntad del universo la había hecho depositaria. A voz en cuello protesto contra el crimen que me imputas de haber envenenado la existencia de los hombres y convertido a cada hombre en un enemigo mortal de los demás. Lejos de eso, devolviéndole al efímero la alegría de vivir y el gusto de luchar y poseer, lo desintoxicué de los venenos sutiles del renunciamento, que lo llevaban al sepulcro, y le permití, por medio de las armonías económicas, que nacen del combate económico, realizar, en parte y sin emascular voluntades, como lo hicistes tú para que entrasen en el reino de Dios, la suspirada concordia de esas voluntades, fatalmente en lucha.

Jesús replicó dulcemente:

—Me reprochas que haya querido libertar el alma de las cadenas de los apetitos y suprimir, entre otros males, los nefastos odios y las odiosas pugnas que aquellos engendran entre los hombres? Me echas en cara el noble propósito de sustituir la crueldad por el amor, la injusticia por la equi-

dad, el pecado por la virtud, el mal por el bien? En verdad te digo que tienes ojos y no ves, orejas y no oyes. Sólo una cosa es esencial en el hombre para que deje de ser bestia y sea hombre: el triunfo de la razón sobre el instinto, la salvación del alma, el reino de la conciencia.



ESTA es el fruto maravilloso del universo, y la economía entera de la planta tiene por exclusivo fin ese fruto. Para lograrlo absorben las raíces los jugos de la tierra y las hojas los elementos vitales del aire. Toda esta máquina prodigiosa de los cielos y esta variedad infinita de la Naturaleza. Todo este movimiento y vida de lo creado; todo este esfuerzo colosal del cosmos entero va encaminado a producir aquel fruto. Por él lucharon los dioses contra los Titanes; por él Apolo persiguió a los monstruos de las tinieblas, por él Prometeo gime encadenado en la roca, por él expiro yo en la cruz. Bueno es reconocerlo: la ley de la Naturaleza es fuerza; la ley del hombre

justicia; aquella es verdad real y triunfa en el universo entero: esta es verdad moral y reina sólo en el mundo infinitamente pequeño, pero también infinitamente elástico de la conciencia. Y lo más prodigioso es que este mundo, hecho con las sutiles mallas de la esperanza, va en camino de absorber y diluir en su diminuto seno al cosmos inconmensurable.....



L reino de Dios, si no existía, se va formando. Irene y Pandora a él se encaminan; están de mi parte, no de la tuya: Irene transforma la guerra en paz, Pandora los males en esperanza. Creeme, Mammón, lo importante, lo esencial es que triunfe el espíritu sobre la materia; que la chispa divina anime la estatuita de barro antes que se seque, raje y caiga en pedazos. Lo demás es superfluo, contingente, deleznable. El que se regala pulcramente con un sabroso melocotón, tira la cáscara y come la pulpa; el que busca oro en la generosa arena que lo contiene la lava, la filtra y se lleva el oro y deja la arena;

el que cosecha trigo, arroja la paja y guarda el grano.

—Y crees tú, Jesús, que el cuerpo es cáscara, los instintos y las pasiones arena, los intereses paja? Ese profundo error, que fué el error de una época ignorante y cándida, te indujo a levantar la Iglesia sobre la arena movediza del desinterés absoluto. La arquitectura ostenta ufana el misterioso atractivo de lo paradójal; las pupilas ojivales reflejaban los cielos; las flechas góticas atraviesan los corazones y se pierden en las nubes. Pero los cimientos de la fábrica carecen de solidez y los muros se rajan por todas partes. Yo levanté mis templos sobre la *roca dura*. La roca dura del alma es la absoluta utilidad. A cada nuevo terremoto del saber, los edificios levantados sobre la arena caen por tierra; los que se elevan sobre la *roca dura* permanecen firmes y derechos. Mientras tus iglesias se derrumban, mis templos van cubriendo literalmente el planeta del uno al otro polo. Cada casa es un santuario, cada alma un altar, cada espíritu un sacerdote. Y es lógico; tú ofreces el pan del dolor y de la muerte;

yo el pan del goce y de la vida. Este pan es el alimento de la voluntad y la voluntad la esencia divina del alma. No te extrañe, pues, que en las iglesias las multitudes adoren los símbolos de la fortuna y el poder, ni te admire si las plegarias son actos interesados, ni te indigne si el pan eucarístico, al entrar en el cuerpo del creyente, se convierte en alimento. No podía ser de otro modo. Tu hostia contiene tu sangre y tu carne; la mía, la moneda, la carne y la sangre del mundo, la carne y la sangre del universo, la carne y la sangre de todos los dioses.

—¡Cómo blasfemas, Mammón! Siempre fuistes el mismo. Por tu boca habla el demonio. Eres Judas, eres Caín, eres el Angel protervo.



MAMMÓN rugó el ceño y lentamente, como pesando las palabras, arguyó:

—Lucifer, castigado por un crimen semejante al de Prometeo, no es acaso el más bello y poderoso de los arcángeles?... Su inquietud, actividad y orgullosa independencia

siempre me fueron simpáticas. Son raros los ángeles trabajadores y por ello lo tengo en grande estima. Andando el tiempo se le considerará como el noble émulo del Titán. Antiguos teósofos daban a entender que, sin Satán, el mundo moriría de inanición, porque no habría esfuerzo, ni entusiasmo, ni ansia de saber. Algunos magos le atribuían una misión divina. Y seguramente la tiene. Recuerda, Cristo, que tu sangre es recogida gota a gota en el vaso hecho con la piedra fulgurante que se desprendió de la diadema del Rebelde cuando, precipitado del cielo, cayó a la tierra. Ese vaso se llenará y entonces el alma desbordará de amor. El Protervo representa la corriente del *saber* y el *comprender*; tú la del *creer* y el *amar*, que, según afirmastes, se alcanzarán y juntarán un día como se alcanzan y juntan en la ciencia cabalística la cabeza y la cola de la serpiente para dar margen al símbolo de lo infinito. No me ofendes, pues, Jesús, cuando dices que soy el Angel protervo. Pero te observaré que también podría llamarme el Hijo del hombre; también el Salvador.

— Qué sacrilegio! Tú, el banquero del mal, el Hijo del hombre!; tú, que corrompes cuanto tocas, el Salvador!...



oy el Hijo del hombre porque nací de la apasionada cópula de la blonda Demeter y el héroe Jasón sobre el lecho nupcial de un campo tres veces labrado, pero el padre que me dió la leyenda, cuando Irene dejó de llevarme en sus brazos y descendí del Olimpo a la tierra, no era un personaje real, simbolizaba solo el trabajo de Prometeo. Soy el salvador porque liberto a las criaturas de los grilletes de la miseria y el dolor; les ofrezco no fementidos paraísos, sino bienes reales, y llevo a todos los ánimos la fortaleza y la esperanza. Yo le doy de beber al sediento, a todos los sedientos; de comer al famélico, a todos los famélicos; le vuelvo el habla a los mudos, el andar a los paralíticos, la vista a los ciegos y resucito las almas muertas que andan por el mundo sin creencias, sin finalidad, sin resorte propulsor, porque resucitarlas es introducir en ellas el

apetito violento de poseer y dominar, la fiebre de la acción fecunda, el ansia loca de vivir. Observa, Jesús, que soy el gran excitador y organizador de las energías humanas, y que las virtudes sociales que el mundo necesita se forman y acicalan en mis talleres. No olvides que por cada criatura que tú libras del mal yo libro cien mil, y que mis milagros se ven y no son menos portentosos que los tuyos. Donde pongo el pie nacen vergeles encantados, se levantan ciudades fabulosas y brotan de la sórdida tierra y de la *roca dura* tesoros inauditos.

—No pecas de modesto—observó sonriendo Apolo.

—En efecto, entre mis vicios no cuento la modestia—replicó al punto Mammón, y arrojando el puro que hasta entonces había conservado revolviendo entre dientes mientras hablaba, exclamó:— Escúchenme los dioses con calma y luego juzguen tan severamente como quieran. Óyeme, Jesús, sin prevenciones y verás como tu obra y la mía, aunque en apariencias antagónicas, como la de Apolo y Dionisos, concurren al mismo fin.



NTORNÓ los ojos, reconcentróse algunos instantes y luego prosiguió:

—El hombre, digan lo que digan, no es un animal metafísico, sino un animal económico. Antes que pensar le fué necesario comer. Sus finanzas empezaron en el vientre de la madre. Buscar el lado útil de las cosas, es decir, valorarlas según el grado de utilidad que le reportaban, fué la primera y más grave preocupación del salvaje y el duro troquel donde su inteligencia se modeló. Bien dijo Apolo cuando afirmó que la inteligencia era utilidad pura. Para satisfacer los preciosos instintos de posesión, que habían de darle un día el dominio del mundo y le darán acaso mañana el dominio del universo, tuvo el hombre que acumular fuerzas, que armarse y estimular las aptitudes combativas capaces de asegurarle el triunfo. Así formó la riqueza, el poder y la virtud de cada época; así las morales, las religiones y los códigos destinados a defender y acrecentar en un momento preciso el patrimo-

nio de la tribu, del pueblo, de la nación y luego el acervo común de la humanidad, porque urge declararlo, las religiones, las morales, los códigos, son lo que los vestidos a las estaciones, no tienen nada de inmutables, absolutos, ni eternos; cambian a compás de las necesidades y priman en razón directa de su humana utilización. Y la valoración de las cosas trajo, como rigurosa consecuencia, las pautas y normas del Bien y del Mal, las jerarquías de las capacidades y el precio de las aptitudes. Que estas se vendan y se compren no es una desdicha sino una gran suerte, porque eso le da a la conducta un valor específico que antes no tenía. Lo bueno no sólo fué lo conveniente a la vida, sino también a la ilusión del hombre, porque Irene y Pandora, en vista únicamente de sus misteriosos designios, son las que disciplinan las energías del mortal. Yo, comprendiéndolo, me apliqué a servir las. Me precio de ser el *cavalier servant* de ambas. Los que estúpidamente me tachan de materialote y bajuno, debían meditarlo. Si acumulo tesoros para depositarlos a los pies de Ire-

ne, creo esperanzas para ponerlas a los pies de Pandora. Por eso soy a una el más utilitario y el más idealista de todos los dioses. De ahí mi fuerza y mi grandeza. Los materialistas y bajunos son los que no perciben en la riqueza la substancia y la condición de la libertad. Para vencer definitivamente a las fuerzas oscuras necesitan Irene y Pandora extraer todo el carbón de las entrañas de la tierra, todas las perlas del fondo del mar, todas las energías del corazón del hombre. Entonces los hombres se verán libres de la miseria y del dolor; siendo libres serán poderosos; siendo poderosos serán hermanos; siendo hermanos serán puros y reinarán la libertad, la justicia y el amor. Tú, Jesús, creísteis que a eso se llegaría destruyendo el egoísmo, los instintos acaparadores, los intereses, las riquezas, la vida en fin, y bien nó: al contrario, es exaltando hasta el paroxismo las potencias que la vida en sí atesora que un día el espíritu dominará a la materia. Y estimular la vida es estimular la riqueza, porque todo lo que el hombre obra, piensa y sueña a

aquella va a parar por caminos invisibles e ignorados, pero ciertos. Bien considerada no es sino la acumulación de las energías y las ilusiones vitales del pasado y del presente, por la cual lleva en las áureas entrañas las posibilidades del porvenir. El oro es la semilla de la voluntad. No puede darse cosa más espiritual, cosa más rica en contenido ético.



os que no perciben en el símbolo de mi poder la sal del mundo, la esencia del sol, lo divino, el tra-

sunto, en fin, de las fuerzas cósmicas convertidas en fuerza social, tienen ojos y no ven; los que no oyen en el sonido del precioso metal cantos de vida, himnos de victoria y armonías celestes, tienen oídos y no oyen; los que no pueden seguirlo en sus maravillosas transformaciones, transformaciones que van transfigurando el mundo, tienen piernas y no andan; los que no aciertan a cogerlo y exprimir sus jugos divinos, tienen manos y no agarran.

—Entonces lo fundamental, según tú,—observó Jesús— es lo

que la sabiduría de todos los pueblos condenó siempre por bajo y torpe; la avaricia, la acumulación de riquezas o, lo que es idéntico, la acumulación de egoísmo?

— Justo, — contestó Mammón — porque sólo las riquezas harán bastante poderoso al hombre para vencer a los monstruos de la obscuridad.

— Craso error, — replicó Cristo, — no es poseyendo, sino poseyéndose que los mortales serán libres y fuertes. Para apoderarse del mundo es más eficaz la posesión de sí mismo que la posesión de las cosas. La criatura humana nada puede poseer realmente, si no se posee primero, porque sólo esta posesión le permite penetrar y hacer suya el alma de lo poseído, sin lo cual la propiedad es sólo una apariencia vana, el adueñamiento irrisorio de un cuerpo sin vida. De qué le sirve al potentado ignorante ser dueño del cuadro cuya belleza se entrega únicamente a quien la comprende y admira? En realidad el cuadro es de quien lo goza, no de quien lo posee. La riqueza misma es materia inerte y sólo capaz de adquirir cosas inertes, si no la anima y le comunica su poder de encanta-

miento la riqueza interior. Sin esta, las otras riquezas, por fastuosas que sean, son bien pobres tesoros, y con ella, los más grandes tesoros resultan superfluos. Luego, lo esencial y práctico, sería enriquecer la conciencia.



MAMMÓN parecía dudar, luego de algunos instantes de reflexión dijo:

— Tienes de cierta manera razón en lo que atañe al individuo, pero no en lo concerniente a la sociedad, que es lo que a mí me interesa. Socialmente la conciencia es la sombra espiritual de la riqueza. Son cosas que van paralelas. Acumulando riquezas se establecen, en gran parte entre los hombres, los valores morales que enriquecen la conciencia. Mas lo primero es lo primero. El cuerpo puede no proyectar sombra, pero la sombra no existe sin el cuerpo.

— Y para acumular riquezas y vencer a los monstruos de las tinieblas empiezas por darles libertad y azuzarlos contra la virtud? Singular camino de perfección el tuyo!

— De los gusanos salen las mariposas — contestó Mammón son-

riendo. — Es necesario, para hacer posible el reino de la conciencia, que Pandora termine su misión divina; es preciso que acabe de convertir las desencantadas realidades en ilusiones vitales, los males en esperanzas.

— Largo es tu camino, Mammón, y lleno de espinas — replicó Cristo. — Yo elegí el más recto y limpio. Para salvar el alma; para extraer el oro verdadero, el oro del espíritu, de la sucia ganga que lo aprisiona, condené lo deleznable, lo perecedero, lo impuro, y dije: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán añadidas». Y el alma, como aligerada de peso inútil, se remontó muy alto.



**P**ERO a costa de qué sacrificios!... — replicó Mammón vivamente. — Después de ese aletazo vino la parálisis del renunciamiento, la muerte en vida de la Edad Media. Si la fiebre del alma subió a cuarenta y tres grados, el valor de la existencia bajó a cero. El estado monástico a que tú aspirabas y en el que sólo podían realizarse tus

doctrinas, era un *estado de sepultura*, una actitud para morir, la actitud que convenía a la espera ansiosa del anunciado fin del mundo. El ideal cristiano perfecto, una sociedad de pobres y santos, no podía cristalizar en formas vivientes y no cristalizó, sino de un modo pasajero y parcial. La primera en apartarse de él y adaptar humildemente la fe a la vida, fué la Iglesia; predicó el amor, el renunciamiento y la piedad y se consolidó, como todas las cosas del pícaro mundo, por el egoísmo, la conquista y la crueldad. Los bienes escarnecidos por tí, Jesús, constituyeron la más grande preocupación de tus vicarios, tanto más gloriosos cuanto más dominadores y cupidos. La Iglesia para sustentarse y vivir, tuvo que traficar y guerrear. Los condotieres la servían mejor que los santos. Los corderos se convirtieron en lobos, los pastores en señores de horca y cuchillo, los monasterios en fortalezas, los esposos de la pobreza y la virtud como los Templarios de simbólicas vestes blancas, en banqueros y en bandidos. Por la historia de los papas discurren harto a menudo los Calígulas, Nerones, Heliogábalos y Maquiavelos. Tú fuiste ajeno a sus

prevaricaciones y crímenes y no ignoro que a pesar del feudalismo, las costumbres licenciosas y el caos que sombreó las almas en los siglos medios, hubieron muchas órdenes religiosas y monjes y cenobitas de una pureza ejemplar y un desinterés absoluto.



ERO no se me oculta tampoco, Jesús, que si esos intérpretes fieles de tus doctrinas hubiesen tenido

a su custodia el tesoro de San Pedro, la Iglesia habría sido vencida y arruinada por falta de *gravitación sobre sí*, aunque a decir verdad, ésta es tan poderosa que seguramente hubiera hecho de los ascetas administradores y guerreros, como hizo con Gregorio VII, que llegó a Roma con la cabeza desnuda y descalzo y fué luego uno de los papas más ávidos y batalladores,—lo cual no le impidió, por otra parte, ser también uno de los más austeros. Y tú mismo, Jesús, no lograste escapar a la ley terrena. Cuando incitabas a colocar los capitales en el cielo porque allí daban mejores frutos, creías dirigirte al desinterés y sólo hacías

llamado al egoísmo del hombre. El reverso del desinterés es siempre el mismo.

—Quiere decir entonces—exclamó Jesús con lágrimas en los ojos y sollozos en la garganta—que la crueldad de los malos, las violencias de los más bestiales y el egoísmo de los más ruines son y serán las condiciones necesarias de la vida y la perfección de los hombres? Pero no ves, Mammón, que pregonas lo irracional, lo inhumano, lo inconsciente, y que por ese despeñadero el hombre iría a parar a los lóbregos abismos de la barbarie primitiva? Existe o no existe una impertérrita progresión que va de la materia inerte a la materia organizada y luego del insecto al hombre y que en el hombre se transforma en luz? Es evidente o no es evidente la tendencia de la vida a convertirse en espíritu? Es cierta o no es cierta la aspiración del mundo hacia la libertad? Y si es así, para qué ponerle delante las cortapisas y trabas del egoísmo y la crueldad?

—Son . . . . . las raíces de la planta, y sin arrancarlas de la tierra donde se hunden, saben los arboristas avisados aumentar

los frutos y hacerlos cada vez más hermosos, tiernos y dulces. Hagamos sabios injertos; podemos las ramas como sea menester; abonemos la tierra de mil modos, pero no toquemos las raíces. La sociedad de pobres y santos, de hombres sin intereses, de hombres sin raíces, fué una paradoja. Piensa, Jesús, en lo que sería la nación, el pueblo o el hombre que practicase al pie de la letra el ideal cristiano; infaliblemente remataría en el suicidio. Por eso te dije que, juzgándote con severidad y sin tener en cuenta tus propósitos de purificación, podría llamarte el Apóstol de la muerte.

Con resignada tristeza Cristo replicó:

— Lo soy, en efecto, si se entiende por muerte la vida espiritual—y reanimándose continuó.— Pero si esta es purificación, libertad, resurrección, retorno del alma a su patria celeste, perfección, en fin, sería, como lo creo y mil hechos lo prueban, el profeta de la verdadera vida.

— A fin de llegar a esa perfección del mortal en que todos los dioses colaboramos de una o de otra manera—aseguró Mammón— lo primero para aquel es vivir

y vivir intensamente. Ya he explicado como la lucha por la dominación, que abarca también la lucha por la existencia, lo comprende todo y entraña todas las potencias, todas las perfecciones, todas las virtudes. Yo no quiero que haya hombres libres y hombres esclavos, sino sólo libres; yo no quiero que haya pobres y ricos, sino sólo ricos; no fuertes y débiles, sino sólo fuertes; no buenos y malos, sino sólo buenos.



o no quiero que el Titán viva llorando, sino riendo y que riendo llegue a liberarse de todas

las cadenas; yo no quiero que el efímero aniquile su cuerpo con el ayuno y la penitencia, sino que lo robustezca con el néctar y la ambrosía de los dioses. El árbol más sano y vigoroso da los mejores frutos. La conciencia es una carga sobrado pesada para que llevarla pueda gozosamente un cuerpo débil. Despojarlo, so pretexto de perfección, de sus energías vitales, es aniquilarlo. Lo prudente es encauzarlas y dirigir las hacia la *grande esperanza*.



“PERO NO VES MAMMON, QUE PREGONAS  
LO IRRACIONAL, LO INHUMANO, LO  
INCONSCIENTE Y QUE POR ESE DE PEÑA-  
DERO EL HOMBRE IRIA A PARAR A LOS  
LOBREGOS ABISMOS DE LA BARBARIE  
PRIMITIVA?”



Tú empleas para ello el narcótico del desinterés, que es muerte; yo el estimulante del egoísmo, que es vida; tú la disciplina de la oración, que es éxtasis; yo la disciplina del trabajo, que es acción. Me parece más eficaz para robustecer las virtudes activas que las sociedades reclaman actualmente. Aunque nadie lo reconozca aún y me tachen frecuentemente de corruptor, yo soy un pedagogo y un austero moralista. Las aptitudes que formo son el producto del afinamiento de las más conspicuas potencias humanas; los deseos que provoco estimulan y dan pie a las invenciones del mortal; las energías que desarrollo y educo le permiten al efímero luchar con la naturaleza y vencerla. Te parece poco?

— Es cierto y me parece mucho, pero no es menos cierto que los deseos, las energías y las aptitudes de que hablas se convierten, a la postre, en odio y guerra entre los mortales.

— Odios y guerras fecundas, que terminarán un día entre las naciones como entre los hombres de una misma patria, en amor y paz..... sin destruir por eso la

combatividad intrínseca y necesaria del individuo que, lo repito, es algo así como la raíz del ser.



Los trabajadores, los gremios, las clases sociales luchan entre sí, pero el substratum último de esas luchas es la riqueza, el poderío y el progreso de la nación, cuando las clases, los gremios y los trabajadores comprenden las estrechas relaciones que existen entre sus intereses y el interés común. Estas relaciones de los intereses no resultan tan concordantes ni estrechas entre los estados y la humanidad. Las morales nacionales son más egoístas, vale decir, más naturales y por lo tanto, más *inhumanas* que las morales del individuo. Lo primordial en aquéllas es el interés inmediato de la nación. La verdad, la justicia, el bien general, no aprovechan a la vida de la nación en el concierto del mundo, como a la vida del individuo en el concierto de la patria. El egoísmo nacional no ha llegado todavía a su perfecta madurez, no ha llegado a convertirse en egoísmo humano en el mis-

mo grado que el egoísmo individual en egoísmo nacional. La conveniencia de la primera conversión no se ve clara nunca; generalmente los intereses humanos parecen enemigos mortales de los intereses nacionales y acontece en casos de guerra, por ejemplo, que los individuos, como si reconocieran implícitamente aquella enemistad, se despojan de la moral de hombres y visten el uniforme de la moral ciudadana, que les permite, sin mengua, cometer atropellos y desmanes y perpetrar robos y crímenes, útiles para la conservación o el acrecentamiento de la patria, pero condenados, al menos teóricamente, por la otra moral, en cuya composición entran más elementos desinteresados, es decir, que interesan a todos y que por tal razón dictan las pautas de la acción *humana*. Hacer visible y multiplicar los intereses entre los Estados es la mejor manera de combatir el espíritu de conquista y usurpación militar. Yo no sólo no favorezco las tendencias belicosas, sino que siempre fuí acérrimo enemigo de ellas. Donde quiera que establecí mis talleres y mis usinas las guerras ho-

micidas fueron expulsadas del interior al exterior de las naciones y en el exterior mismo se hicieron raras o desaparecieron.



El tráfico suprime las fronteras, une a los pueblos y establece entre ellos una lengua común. Creeme,

Jesús, la concordia humana no la traerán el amor y el desinterés, sino los intereses, los cuales, por su propio dinamismo y naturaleza simpática, se convertirán de individuales en nacionales, de nacionales en mundiales, de mundiales en humanos o universales. Y ya van muy avanzados por ese camino. El hombre o la nación que no lo echa de ver retrograda; rompe el pacto social, la afinidad oculta o visible, la correlación pública o secreta que existe entre el interés propio y el común y obra contra sus intereses particulares, que son una parte integrante del interés general. Es un crimen que se paga caro. Germania lo ha cometido, Germania lo purgará.

—Pero no fué el afán de posesión y dominio prescripto dog-

máticamente por tí lo que la indujo a cometer los desmanes que ahora censuras y condenas?— objetó Jesús.— En qué otra cosa podrían haber rematado y era lógico que rematasen las despiadadas doctrinas de la fuerza y el interés? El Oro, no es el heredero legítimo de la fuerza? Y si, como esta, no reconoce más límites que su poder, qué pueden importarles los pactos sociales?

— Los pactos sociales, aunque engañosas apariencias lo disimulen, son inspirados siempre por los intereses, — respondió Mammón.—



L afán de posesión y dominio, nervio del ser y origen de la actividad humana, tiene por límites las fronteras del bien general. Germania inducida por el espíritu de conquista y usurpación, ilegítimo e inactual, las violó. No fueron sus mercaderes los que prepararon en las escuelas y los cuarteles aquel espíritu, sino sus profesores de idealismo. El desarrollo portentoso del comercio, la industria y la finanza alemanas, constituye el esfuerzo noble y fecundo del germano.

Si los hombres de números hubieran tenido intervención directa e influjo eficaz en la política alemana no habría estallado la guerra, por la simple razón de que no convenía a los intereses alemanes que estallase, y por consiguiente, debía parecerles inmoral, es decir, perjudicial a los hombres prácticos, a quienes la vida enseña diariamente que el *interés bien entendido y la moral son la misma cosa*. Como no se concibe siquiera que exista una moral cuyo fin sea la desdicha del hombre, tampoco es posible concebir un interés que no entrañe de alguna manera el bien de aquél. Si los pequeños sacrificios que la sociedad impone al individuo en cambio de todo lo que le da, no le reportase al individuo grandes ventajas, los rechazaría de plano. Por otra parte, lo que llaman los moralistas actos desinteresados, son los que se llevan a término en virtud de un *interés superior*, de un interés interesado en grado superlativo. La absurda dualidad entre el bien y el interés que tú, Jesús, llevado de un divino afán de perfección estableciste, da pábulos a las mentiras de la civilización, fecunda en contradicciones, conflictos

y males. Esa dualidad hace, por modos varios, que los hombres se engañen mutuamente, que los pueblos se mientan entre sí y que todo el mundo se traicione, ya que todo el mundo afecta el desinterés, siendo puro egoísmo; muestra una cara y tiene otra. Las morales desinteresadas son las torres de Babel que trajeron la confusión de las lenguas. Nadie se entiende; nadie sabe a ciencia cierta lo que quieren los demás ni lo que quiere él mismo.



PERO si hablase el interés sin máscaras ni afeites, todos se comprenderían y todos los valores morales entrarían en sus quicios. Y sería un gran bien. Yo como tú, le digo al mortal: « Ama a tu prójimo como a tí mismo », pero añadido, « es lo más inteligente y útil que puedes hacer ». Si el mundo no ha caído en furiosa demencia, a pesar de las doctrinas que convirtieron al hombre en irreconciliable enemigo de sí mismo enseñándole que su mal era su bien, fué por que el hombre, en lo esencial, siempre obró interesadamente. Yo soy sincero, soy verídico, no quiero que

la moral tenga por fundamento la mentira. Cuando intervengo en el juego de la vida caen las caretas, las cosas toman su fisonomía propia y acaban las farsas ridículas. No es grotesco y por añadidura mal-sano que el instinto de dominio lleve la máscara del amor?; el afán de poseer el antifaz del renunciamiento? Para qué usar de engañifas que, en el fondo, a nadie engañan, pero que perpetúan el equívoco sobre el cual se cimentan las relaciones humanas? Tengamos el valor de declarar la verdad. El alma es pura utilidad y la moneda alma pura. El hombre es un egoísmo andante que tiene por Dulcinea la Justicia. Aun entre padres e hijos y entre hermanos, impera la ley universal de la gravitación sobre sí. Habeis considerado alguna vez ¡oh, dioses! el grupo escultórico de Clodión que lleva por título « La Familia »? Un fauno está sentado y tiene sobre las rodillas cierto canasto rebosante de garrafales uvas; una ninfa parada junto a él, le pasa el brazo por el cuello; un robusto infante, fruto amoroso del fauno y la ninfa, se tiene cerca del provectoro pobre. En la serena y eterna in-

movilidad de aquel grupo delicioso, se desarrolla una escena viva y apasionada, aunque estática y muda: el fauno mira a la ninfa, la ninfa mira al niño, el niño mira las uvas. Mejor que « La Familia » podría titularse ese grupo: « Chacun sa vie ».



NO sería mejor que los tres se mirasen amorosamente? —insinuó Cristo.

—Sí,—respondió Mammón sin titubear,—pero para ello sería necesario que cada uno viese reflejar su imagen en los ojos de los otros... En vista de tal armonía he bregado siempre. Yo no busqué nunca el interés mezquino, sino el interés generoso; no el egoísmo pequeño, sino el grande egoísmo; no el bien propio, sino el bien común. Yo siempre serví la expansión de la vida y sirviéndola serví secretamente tules de amor, Jesús. Si lo consideras despacio y sin los prejuicios con que siempre me juzgastes, comprenderás que ningún dios abonó tanto en tus intenciones como aquel a quien tú creiste más enemigo.

—Y bien, Mammón—concluyó Cristo con grave acento—yo te digo que si tu interés se resuelve al fin en generosidad, tu egoísmo en altruísmo y tu bien en bien general, bendito será tu interés, tu egoísmo y tu bien. Pero quién me asegura que dices la verdad? Tienes fama de embaucador.

—Yo valgo más que mi reputación. La mala fama se la debo a esa carnavalesca estirpe de falsos idealistas y mentecatos del espíritu que, a pesar de sus líricas actitudes, quieren vivir a costillas del prójimo y no pueden perdonarme que les descubra el juego y muestre a los otros la falsía y la perversidad simplotas y así como de buena fe con que se engañan y engañan a las gentes. Desconfía de ellos; ellos son los mentirosos, los sórdidos y los trapalones. Juzga por tí mismo. Contempla desde estas alturas el microscópico mundo perdido en la inmensidad, confundido entre millones de astros y perceptible sólo por la resplandeciente aureola con que lo rodea la ambición infinita del mortal. Sin esa ambición, que yo formé exclusivamen-

te, qué sería del miserable globo? Ella provoca por mil artes y en formas distintas y múltiples la afebrada animación, el constante anhelar, el apasionado ajetreo que demanda la laboriosa fabricación y luego la circulación de los productos. ¡Cosa maravillosa la riqueza! Es como la generosa savia que lleva la vida a toda la planta y va reventando en hojas, en flores, en frutos. Y adonde la savia no llega las ramas se secan.



MEDIDA que el efímero acumulaba bienes, iba venciendo a la fatalidad y haciéndose cada vez más poderoso, más libre, más humano. Sólo los pueblos ricos pueden permitirse el lujo de una conciencia. La riqueza es necesaria a la libertad, a la justicia y al amor. Mira aquella tribu de negros salvajes que se multiplican en uno de los lugares más feraces de la tierra. Los desdichados no saben qué hacer de los dones con que los colma la pródiga naturaleza. Esta los alimenta y los esclaviza también, porque el oro no ha hecho todavía al hombre bastante

poderoso para vencerla y explotarla. El frío los hiela, el calor los quema, la lluvia los ahoga, la seca los mata. Y como no producen ni cambian sus productos, permanecen extraños e indiferente los unos a los otros. He ahí el grande mal. Los intereses particulares, que no existen, no los hace solidarios ni crean los intereses generales; los egoísmos son demasiado débiles para penetrarse mutuamente y convertirse en altruísmo; la lucha económica no es bastante intensa para transformarse en alianza y amor. Pero así que circula la riqueza mil lazos invisibles y misteriosos atan a los hombres entre sí. La arañita económica, dejando tras de ella los hilos de oro y de plata, va y viene sin darse punto de reposo en tejer la red de las relaciones pecuniarias y ligar las bolsas y las almas hasta que todos los hombres de un modo o de otro, quieras que no, a sabiendas o sin saberlo, quedan prisioneros y concertados en la telaraña prodigiosa. El más pequeño movimiento de uno hace temblar toda la red, toda la comunidad. Cuando los hombres lo sienten o lo saben

brilla el sol del espíritu y del amor.



Como Apolo, como Dionisos, como tú, Jesús, yo también fuí un dios taumaturgo, un maestro en fantasmagorías, un profesor de idealismo. La excelcitud de mi obra no consiste tanto en los apetitos que satisfago y los progresos que determino, cuanto en los deseos insaciables que provooco: estos robustecen y afinan las facultades del mortal. Ni una sola permanece inactiva; en mi gimnasio se educan todas. Yo mantengo las voluntades tendidas como la cuerda del arco al disparar la flecha. Ningún dios tuvo en más alto grado que yo, el arte supremo de hacerles dar a los efímeros cuanto eran capaces de dar. El oro como estimulante de la actividad humana, no tiene rival, y esto acontece no sólo por razones psicológicas, sino por razones metafísicas, porque es en las sociedades el depositario de la voluntad de dominación imperante en el universo entero y al mismo tiempo el fiel ejecutor de la voluntad de conciencia. De ahí que la

moneda sea virtud pura y pura ilusión vital. Cierta chusco dijo: «Un hombre sin dinero es un muerto que camina»; yo te digo, Jesús, que un hombre sin deseo de poseer es un muerto que no camina. Yo quiero que los mortales caminen y vibren por igual. Sólo la riqueza hará a los hombres libres y justos. Y cuando haya convertido la riqueza en libertad y justicia me retiraré al Olimpo. Entonces tomarán el gobierno del mundo la severa Palas y la voluptuosa Afrodita. Pero aún no he concluído mi tarea, aún estoy empeñado en la acumulación individual, que es asunto de los más enérgicos y aptos. El día que el resto de los hombres haya adquirido las virtudes sociales de aquellos, vendrá la producción y la repartición colectivas y desaparecerán las luchas de clases y con ellas muchas prerrogativas e injusticias, hoy por hoy, necesarias. Mas ello no implicará la abolición de la propiedad privada, ni de las excelencias sociales. Al contrario, ambas cobrarán más extensión; todos serán propietarios y todos aristócratas, cada cual en lo suyo y a su manera. Nadie se rebela contra la superioridad indiscutible y ama-

ble de los grandes hombres; débiles y poderosos la acatan y le rinden pleito homenaje; idéntica cosa pasará con la propiedad, cuando sea motivo de provecho y orgullo para todos. Las pretensiones integralmente igualitarias, o sea el imperialismo democrático de los humildes, que hoy, por falta de inteligencia y ecuanimidad, origina los crímenes, infamias y abominaciones del maximalismo ruso, es legítimo como posibilidad futura, pero sólo será viable y provechoso cuando quede definitivamente establecido por la norma de la utilidad, no por el privilegio aristocrático o el capricho demagogo, el valor social y luego el derecho de los individuos.



ESTE valor es muy distinta cosa del valor productivo, que sólo quieren tener en cuenta y aquilatar ciertos sociólogos para la apreciación equitativa del esfuerzo humano, y sin oprimir al débil ni debilitar al fuerte, ni poner el sabio al diapasón del necio, permitirá que se desarrollen dentro las sociedades, en lugar de las superiorida-

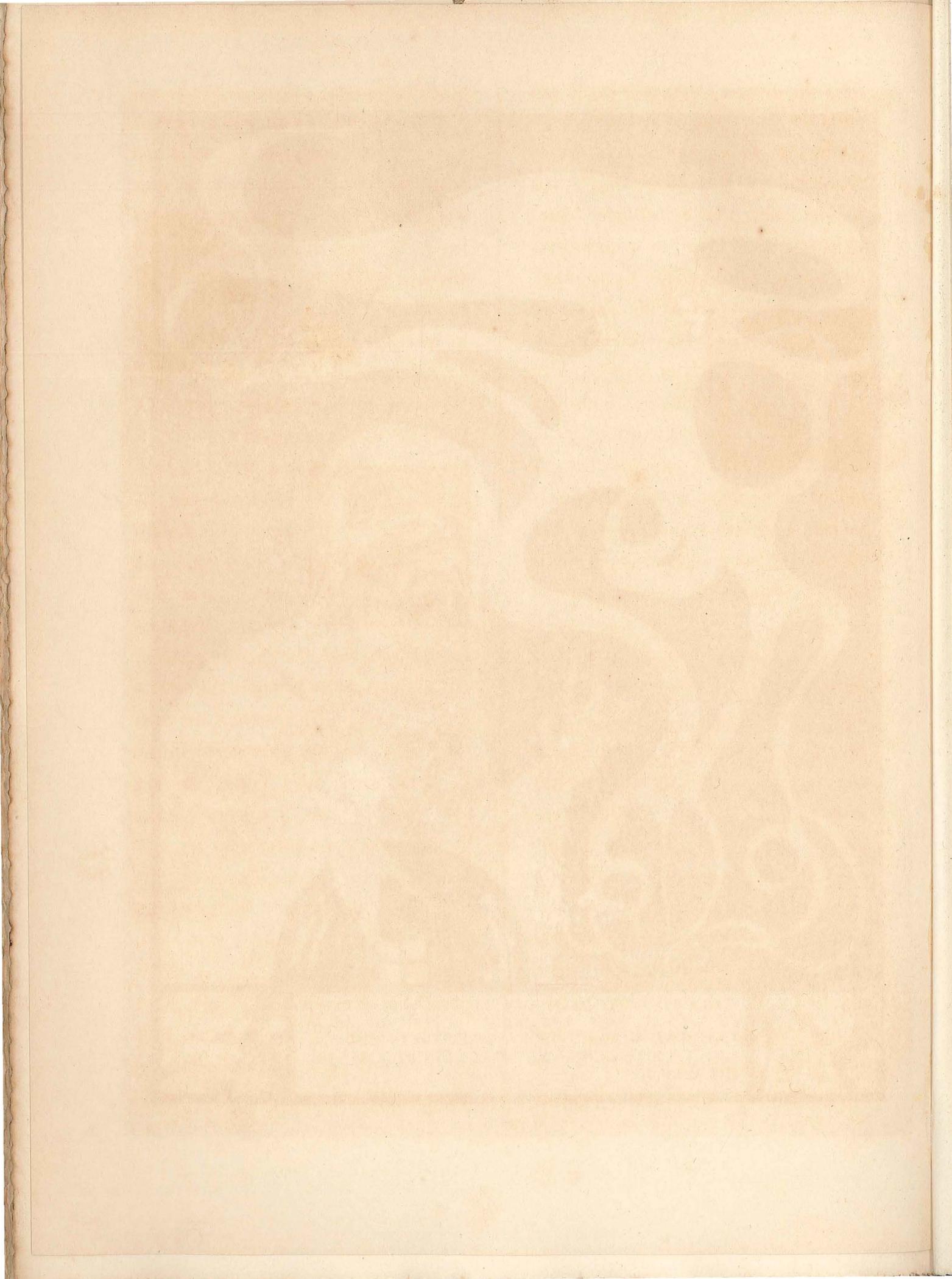
des arbitrarias, a todas luces superfluas, las superioridades de hecho, a todas luces indispensables para la suspirada evolución de la humanidad hacia la libertad, la justicia y el amor. Pero mientras la capacidad intrínseca de las masas no provoque por la propia excelsitud el establecimiento de las nuevas jerarquías que ambiciona el proletariado, las agitacione revolucionarias de éste rematarán fatalmente en sandez y locura. Pasadas las crisis epilépticas tornarán a regir las viejas gradaciones determinadas por la fuerza de las cosas y consagradas por la experiencia de los siglos. Sólo es viable lo que nace y crece en las entrañas impuras, pero fecundas de la utilidad. Las sociedades son realidades históricas, no entidades lógicas, y nunca las modela el capricho sino la necesidad. Examinad ¡oh, dioses! los intrincados conflictos del mundo: terminada la guerra con la derrota del ideal bárbaro y el triunfo del ideal humano, queda en pie y encendida la lucha colosal de los intereses y de las ambiciones correspondientes al nuevo estado de cosas que dictan la baja



© JODE &  
NAUVILS

"COMO APOLO, COMO DIONISOS COMO  
TV JESVS, YO TAMBIEN FVI VN DIOS  
TAVMATVRGO VN MAESTRO EN  
FANTASMAGORIAS VN PROFESOR DE  
IDEALISMO "





de los valores imperialistas y la suba de los valores democráticos o, mejor dicho, las nuevas valoraciones del *deseo de poder*. Quién puede reducir a equilibrios estables y sabias euritmias tantos antagonismos, discordias y pugnas?



QUIÉN es capaz de conciliar el interés propio y el interés común?; el capital y el trabajo?; las excelencias sociales y la ola igualitaria?; la fatalidad económica y la libertad?; los nacionalismos invasores y la paz? Tú, Apolo, con las panaceas del espíritu? Tú, Dionisos, con las embriagueces de tus mostos? Tú, Jesús, con las sedantes del amor y el renunciamiento? Tú, Palas? Tú, Afrodita? Si sois sinceros diréis que no y que en el actual momento nadie puede sustituirme en el gobierno de las cosas humanas. Se trata, en fin de cuentas, de un problema económico del que pende la riqueza y, por lo tanto, la cultura y la conciencia del mundo. Las muchedumbres, los pueblos, las naciones piden a gritos mi intervención y me nombran Juez. Por mil circunstancias, que sería prolijo

enumerar, a mí sólo me es dado resolver, sin pérdida de tiempo, aquel apremiante problema y a ello me comprometo. . . . pero necesito que los otros dioses arrimen el hombro, apoyando mis gestiones y actos con las ideologías pertinentes. Ahora, Zeus, sabes lo que he hecho y lo que puedo hacer por el efímero; condéname o absuélveme. Dispuesto estoy, a acatar, sin protesta, tu soberana voluntad.



FUO un largo silencio. Jesús parecía absorbido en profundas reflexiones. De pronto, irguiendo gradualmente la abatida cabeza, como después de la borrasca se endereza la doblada espiga al beso del sol, puso sus ojos desmesuradamente abiertos y llenos de luz en los de Mammón y dijo con dulce y conmovido acento:

—Hermano Mammón, veo que te juzgué mal y humildemente te pido perdón.

—No me conocías, Jesús —respondió el dios de las riquezas, y avanzando hacia el Nazareno, que al verlo venir hacia él le tendió los magnánimos brazos, cayó de rodi-

llas a sus plantas y cogiéndole las manos se las besó respetuosamente mientras decía: Jesús, confía en mí; yo soy tu más fiel servidor.



ESPUÉS se abrazaron efusivamente y el gozo hinchó el ancho tórax de los dioses como el gas el desinflado globo, luego presto a ascender y perderse en las radiosas nubes. La lira de Apolo, la flauta de Dionisos y las cítaras celestes llenaron al palacio azul de inefables melodías. Las Gracias y las Horas con arte supremo y encanto infinito, danzaban alrededor de Cristo y Mammón, mientras Irene y Pandora derramaban sobre ellos una perfumada lluvia de rosas, y Hefaistos con su martillo, Poseidon con su tridente, Hermés con su caduceo, Ares con su espada, Palas con su lanza de oro y Artemis con su arco de plata marcaban cadenciosamente el compás.

Pasada aquella explosión de júbilo, el padre olímpico, secándose las gozosas lágrimas que le corrían por las mejillas, declaró:

—Por lo dicho aquí saco en conclusión que todos los dioses, aun-

que inducidos por razones diferentes y sin excluir a Dionisos, el cual, si bien simpatiza, como no podía menos de suceder, con el naturalismo alemán por lo que toda filosofía inspirada de la Naturaleza tiene de dionisiaca, muéstrase adverso al imperialismo inhumano de la KULTUR, condenan a ésta y loan y juzgan provechosa para el mundo la razón de Lutecia. Ese es también mi dictamen. Pero a fin de saber a qué atenerse y obrar con estricta justicia, ruego a los dioses concreten sus cargos y pidan después la merecida pena. Irene y Prometeo, que no quisieron pronunciarse sin haber oído antes a Cristo y a Mammón, podrán hacerlo ahora. Convendría mucho también que siguieran esos ejemplos la severa Palas y la voluptuosa Afrodita. No han tomado parte en esta controversia de los dioses, suscitada con motivo de la Grande Guerra, quizá por no repetir los argumentos de Apolo y Cristo la primera, de Dionisos y Mammón la segunda; no sabemos lo que piensan y aunque lo presumimos, no estará demás oírlo de la misma boca de aquellas deidades, sobre todo después que la reconciliación en-

tre el dios de la inteligencia y el dios del instinto, entre el dios del amor y el dios del egoísmo abren inusitadas perspectivas a las aspiraciones del mortal. Mas procedamos con orden. Hable primero el liróforo celeste. Su voz siempre es un canto, su palabra un himno a la vida. Apolo, de qué acusas a Germania y qué castigo pides para ella?



RGUIÉNDOSE cuanto le permitía su estatura prócer y mondando el pecho dijo el divino arquero:

— Yo acuso a Germania de haber traicionado la causa de la humanidad, el crimen más horrendo y al mismo tiempo el más estúpido que pueda cometer una nación, y pido que la KULTUR, por antihumana y por obtusa, sea quemada viva y esparcidas sus cenizas a los cuatro vientos de la universal reprobación. Solo así quedará el planeta desinfectado de *bismarquinas* y *spurlos*. Mas urge no confundir la KULTUR, fruto amargo e indigesto del árbol del saber, con la cultura germana, ni creer que todo en esta es despreciable. Sería crasísimo error.

Perezcan los historiadores que falsificaron los hechos; perezcan los filósofos que le inocularon a las ideas el virus prusiano; perezcan los moralistas que desconocieron la *grande esperanza* del hombre. Pero ni una sola partícula de lo que sea útil al ideal humano, debe perderse del fárrago ideológico alemán. Hasta los mismos desordenados apetitos de conquista y dominación, que le hicieron cometer a Germania tantas abominaciones y tantas sandeces, purgados de substancias tóxicas por el alado espíritu de Lutecia, podrían ser muy tonificantes para la salud del mundo. Temo que la reacción idealista traiga aparejado mucho espiritualismo a la violeta y mucha bobería racionalista. Los tragadores de viento me inspiran tanto horror como los generalotes imperiales. Si estos son más bárbaros, aquellos son más corruptores; si estos degeneran en tiranos, aquellos acabarían en verdugos. Del charlatán al demagogo hay poco trecho; del demagogo al inquisidor menos aún. Lo diré sin ambages; el espíritu jacobino me es profundamente antipático. Los Robespierre, los Marat, los Lenin,

los Trotzky no fueron nunca santos de mi devoción y siempre los tuve, a ellos y a todos los profetas de su calaña, por unos solemnes mentecatos. La experiencia bolsheviki, como antes la experiencia jacobina, como todas las experiencias que pretendieron establecer un orden social sin diferenciaciones ni jerarquías, a hechura y semejanza de las aglomeraciones inorgánicas y por lo tanto ineptas para vivir inteligentemente, me confirman en mis convicciones; la masa nunca está para bollos si no intervienen, la estrujan y modelan las expertas manos del repostero. De ella salen los bollos, y serán muy necios los gobiernos que no la preparen y afinen para que llene cumplidamente su cometido, pero los bollos son mejor cosa que la masa: son como las acabadas expresiones y subidos grados de perfección a que puede llegar la materia amorfa. El privilegio del número es el más absurdo e inicuo; es una potencia de las tinieblas que va contra la ley del cosmos y contra la ley del hombre y tiene por término la miseria y la esclavitud. La suma de las

ignorancias no acrecientan ni en un ápice la luz temblorosa que guía al efímero en la noche oscura del alma. Y es necesario que esa luz se vea y que todos la sigan.



OR eso sólo se enciende en las cumbres. Que haya muchas luces en las alturas y habrá mucha luz en los llanos. No mandar sino obedecer y seguir sumisas a quien nació para dirigirlas e ahí el grande, el enorme, el inmenso don de las multitudes clarovidentes. En todo órdenes de cosas alguien hay dotado de oídos más sutiles que los demás para percibir las voces sibilinas de Irene y Pandora y ese va adelante con paso firme y ánimo resuelto. En la mano lleva una antorcha. Los otros lo siguen y los más dóciles en seguir son los que precisamente suben más alto y llegan más pronto. Mis rayos luminosos penetran por igual las inteligencias, pero unas los absorben y otras no; únicamente las primeras irradian luz propia; las segundas, si aquellas no los iluminan, permanecen a oscuras y como pri-

vadas de movimiento. Convertir al inferior en superior, al débil en fuerte, al pobre en rico, al vulgar en refinado es lo que reclama el perfeccionamiento de la criatura humana, es la obra inconclusa aún, pero siempre en constante progreso de la civilización; lo contrario trae a las grupas la desorganización y la muerte. Más que nivelar *bajando* debían las democracias nivelar *subiendo*. Todos iguales y todos inferiores es un grito de muerte; todos desiguales y todos superiores es un grito de vida. Dichoso día será aquel en que la masa entera se convierta en bollos y a eso vamos, pero ese día no se columbra aún ni vendrá repentinamente, sino anunciado por muchas auroras. No importa, vendrá. Entre tanto es urgente, a fin de llegar cuanto antes a la deseada meta, nivelar un poco las bolsas; suprimir, como quiere Mammón, las prerrogativas sociales fundadas, no en la utilidad de la grey sino en el privilegio o el capricho, y asegurarles a todos los hombres el completo desarrollo de sus facultades y un puesto cómodo en el festín de la vida. Igualdad civil, igual-

dad política, igualdad económica, igualdad social, todas las igualdades..... que dicte la norma de la aptitud superior, pero no el rasero de lo más bajo y vulgar.



Los dioses pueden ser propicios a los humildes, pero no a los inferiores. Para convertir en realidades vivientes la libertad y la justicia ilusorias y obtener la mayor suma de dicha común; para hacer carne la divina ambición del efímero, urge que éste la cultive antes dentro de sí, porque es únicamente en la estufa mágica de la conciencia y a cierta temperatura donde la flor celeste se abre y desvanece en aromas. Las muchedumbres llenas de angustias, rabia y esperanza gritan: «No más esclavos», y tienen razón, pero el eco rebotando en los cóncavos cielos, responde: «No más inferiores», y tiene más razón aún.

Al presente, rotos los frenos religiosos; desvanecidos los espejismos de la vieja concepción de la vida; libres y desmendadas las ambiciones de bienes reales y ansias de dominio, mantenidas anta-

ño en los cauces del orden social por razones y doctrinas sin fuerza disciplinante ya, sólo a Mammón le es dable resolver los conflictos que crean en la tierra los encontrados intereses de las clases, las sociedades y las naciones, porque, aun en el caso de conservar aquellos frenos, espejismos y doctrinas su espiritual poder, lo más vital y el necesario fundamento de todo siempre sería, para las naciones, las sociedades y las clases, los intereses materiales de cada una de ellas. «Prima vivere, dopo filosofare». Si alguien lo duda no tiene sino contemplar el mundo que va saliendo, con zozobra y dolor, de la férrea y candente matriz de la guerra. Las turbas quieren poseer y dominar; los pueblos quieren extender su imperio; la humanidad entera quiere satisfacer, sin tardanza ni tasa, su hambre de carne, su sed de vino. Es un caos agitado y revuelto por antagónicas fuerzas económicas, las que engendran, por añadidura, opuestas morales y enemigas ideologías. Como siempre la inteligencia sigue siendo la *mano de la voluntad*; como siempre las ideas se ponen a las órdenes de los apetitos, pero los

apetitos, grato es reconocerlo, parecen respetar cada día más el ideal humano y servirlo mejor. Es mucho, es casi un grande milagro. Y bien ¡oh dioses! ayudemos a Mammón en su estupendo propósito de convertir la riqueza en Libertad y Justicia. Jamás ningún dios acometió tan descomunal aventura ni empresa más idealista. Mammón, todos hemos sido injustos contigo y particularmente los mortales, cuyos furibundos anatemas contra tí aun suenan en nuestros oídos. Tú, empero, no hicistes otra cosa que libertarlos de viles esclavitudes y colmarlos de bienes.



tí, potentes deidades, ayudemos a Mammón. Antaño desconfiaba de él, pero luego de haber palpado

su obra y considerándola altamente benéfica, lo aplaudo y estoy dispuesto a prestarle decidido apoyo. Y como yo presumo que piensan ahora los demás dioses, sin excluir a Jesús.

Estos confirmaron unánimes lo que decía Apolo y entonces el Tonante le dió la palabra a Dionisos.



LEVANTÓSE de su asiento el dios coronado de frescos pámpanos y habló de esta suerte:

—Yo acuso a Germania de haber interpretado torcidamente mis doctrinas y convertido mis mostos generosos en sórdida cerveza; mis embriagueces divinas en torpes borracheras; mis faunos gozadores en dómines pedantes; mis coros rientes en hordas disciplinadas de foragidos. El culto que los griegos me profesaron, el más profundo de todos, porque le muestra al mortal, por una parte, las raíces que lo sujetan a la materia y le enseña, por otra, los filamentos espirituales que lo ponen en contacto con la substancia divina, entraña, es verdad, la sumisión a las leyes de la Naturaleza; el amor de la fuerza, alma del universo, y el libre juego de los instintos de dominio y posesión, sal y pimienta del mundo. El *yo cósmico* y las energías que encarno así lo requieren. Pero mi instinto vital, que crea las ilusiones favorables a la vida; mi intuición, de la que se nutre la

vida misma; mi *deseo de poder*, del que se sirve Mammón a todo evento y en el que exclusivamente y con criterio estrechísimo fundó Germania su derecho a la conquista del globo, no se opusieron jamás a la temeraria ambición del efímero, como creyó aquella torpemente, sino que, al revés, la espolearon y le dieron alas. Por algo figuró siempre la hechicera Pandora en mis cortejos; por algo la grávida Irene me sonreía siempre; por algo me cree Apolo maestro en fantasmagorías; por algo me llaman mis fieles un dios libertador. Y he ahí lo que no consideró bien el prusiano al fabricar con harina verdadera, pero sin levadura humana ni fermento divino, el naturalismo filosófico que había de dar pábulo luego al imperialismo político de Germania. No vió ¡inconcebible ceguera! que si yo ando a menudo en dulces coloquios y me refocilo con la Razón física, no permanezco indiferente, ni mucho menos, a los encantos de la Razón mística y a menudo también la jaleo y retozo. Con vino hacían los sacerdotes sus libaciones litúrgicas. La sangre de la tierra, mi sangre, es espíritu. Mi cálido aliento les co-

municaba el delirio báquico a los faunos de los bosques y el delirio sagrado a las pitonisas de Delfos.



En mi culto popular degeneraba en embriagueces, orgías y locas bacanales, los arcanos de mi alma inmensa atraían a Eleusis las sagradas procesiones que yo, coronado de mirtos, conducía a la luz temblorosa de las antorchas. Orfeo aseveraba que los dioses nacían de mis sonrisas y los hombres de mis lágrimas. Soy multiforme, los griegos me llamaban ora Dionisos-Zegreus, despedazado por los Titanes y disperso en todos los seres; ora Dionisos, hijo de Semele, conductor de las bacanales del amor y de la alegría; ora Yacos, el principio orgánico, el yo cósmico, llegado a la plenitud de la vida y la conciencia; pero únicamente los iniciados en los Misterios conocían mi verdadera naturaleza y vislumbraban mis encarnaciones sucesivas, mi paso a través de todas las formas vivientes para llegar al hombre y en él unirme al alma, a Proserpina. Con este dulce himeneo terminaba el drama místico de los

Misterios, donde la idea de la inmortalidad y los castigos y las recompensas futuras no sólo se anunciaban claramente, sino que se mimaban y vivían en la acción taumaturga. Cómo Germania olvidó, al pretender remozar mis doctrinas, lo que de mí decían Hesiodo, Píndaro, Aristófanes, Pausanias y casi todos los poetas y los filósofos de la antigüedad? Cómo no comprendió la influencia decisiva que ejercí no sólo sobre las ficciones escénicas, obra exclusivamente mía, sino sobre la poesía, la música, la danza, la escultura, la pintura y el arte en general? Cómo no sospechó los paraísos, las *tierras celestes*, las *ciudades futuras*, las divinas ilusiones que entrañaban mis odres en sus panzas fecundas? Cómo no aquilató el significado profundo de mi doble nacimiento, terreno el uno divino el otro, ni barruntó mi futura reconciliación con Apolo, la infalible reconciliación del dios estático con el dios dinámico; del dios que lo sabe todo con el dios que lo es todo? El presuntuoso espíritu científico de Germania quedó muy por bajo de la vieja y cándida sabiduría de los magos. La pedantería la in-



"MI CALIDO ALIENTO LE COMVNICA EL DELIRIO BAQUICO A LOS FAVNOS DE LOS BOSQUES Y EL DELIRIO SAGRADO A LAS PITONISAS DE DELFOS."



dujo a cometer apocalípticas necesidades. Descubrió una zona riquísima de la verdad y no supo explotarla *humanamente*. De los diamantes hizo carbones. Lo repito, Germania poseyó la ciencia y la fuerza, pero no el don y la gracia, sin lo cual todo saber y todo poder es fárrago, y ese es el pecado original suyo y la causa generadora de sus errores, locuras y crímenes. Yo pido que le limen las uñas y los dientes, la bauticen de nuevo en las divinas aguas del Jordán y le pongan en la boca una buena dosis de sal greco-latina.



ERON de buena gana los dioses; Zeus les hizo coro y hasta el mismo Jesús, olvidando sus negras pesadumbres, sonrió. Restablecido el silencio, prosiguió el maleante Dionisos:

—El tenebroso cuadro del mundo que Apolo pone ante nuestros ojos es, por desgracia, exacto. Todavía se derrama y se derramará harta sangre en la tierra. Muchos pueblos han caído en la demagogia y la anarquía, y otros andan bordeando el abismo. La ola roja

embiste furiosamente los diques de la construcción capitalista y mina los cimientos de la sociedad burguesa y hasta las graníticas basamentos del orden establecido por la trabajosa experiencia de los siglos. Invocando la libertad y la justicia se ejercen oprobiosas tiranías y cometen toda suerte de expoliaciones, atropellos y crímenes. Es curioso observar como los que viven declamando contra la fuerza y enalteciendo el derecho, son los primeros en usarla, sin tacto ni medida, contra todos los derechos, en cuanto se presenta la ocasión de ejercer el poder. Y la civilización peligra, porque la civilización es, en suma, tacto y medida, dos excelencias de que el pueblo carece en absoluto y que sólo se adquieren cuando el afinamiento de las facultades y potencias humanas llega a un punto álgido de perfección. A mí siempre me fueron sospechosas las *edades de oro*, las *eras futuras* y las Salantes fundadas por el capricho nivelador de la razón razonante, o el sentimentalismo humanitario a hurto de las eternas jerarquías, que en todo orden de cosas, lo mismo materiales que morales, establece el principio diná-

mico del universo. Este quiere la vida desbordante de fuerza y hermosura; es un principio organizador; tiende a la armonía, no al desorden; a la celsitud, no a la abyección; a la belleza, no a la fealdad; pero, lo confieso, es un principio cruel y opuesto, hasta cierto punto, al ideal humano. Cómo conciliar las aspiraciones populares que este entraña, con el fundamento selectivo, necesario al progreso de las sociedades y realización de aquel ideal en su aspiración más excelsa: la victoria sobre la fatalidad?



mi me placen las orgías donde reina la gracia y el goce, pero detesto las orgías que degeneran en estupidez y brutalidad. Los que me creen un dios anarquista o un dios inhumano, se equivocan por igual. En medio de las más desenfrenadas bacanales, las fieras sumisas venían a echarse junto a mí y me lamían las manos y los pies. Sin las excelencias, que forman la levadura de la masa, no habrá civilización posible, y la libertad será esclavitud; la justicia iniquidad y la dicha común sólo común mi-

seria. Y, sin embargo, es preciso que la humanidad toda satisfaga su hambre de carne, su sed de vino; es preciso poner fin a la explotación del hombre por el hombre; es preciso que desaparezcan los privilegios inicuos. El nivelamiento, como lo entiende Apolo, por los caminos altos y soleados, a mí también me seduce, y como él creo que Mammón puede realizarlo y resolver los conflictos actuales del mundo, que son, en el fondo, conflictos económicos. El hijo de Demeter es un dios verídico, realista y, al mismo tiempo, un caballero andante de la Dulcinea celeste; aborrece la patraña y la utopía, pero respeta y sirve como el mejor la *grande esperanza* del efímero. Sabe oprimir con una mano y libertar con la otra; cuando parece que aniquila robustece; cuando parece que mata resucita. En resumen, él sabrá conciliar la voluntad del cosmos y la voluntad de conciencia; lo individual y lo social; el orden y la anarquía; las aspiraciones superiores y los apetitos populares, y nivelar, por añadidura, en lo que cabe, las bolsas de todos sin cortarles a nadie la cabeza. Mas urge que obre rápidamente.

te. El pueblo ha sufrido demasiado y tiene hambre y tiene sed.



AS turbas contemplan con ojos concupiscentes los tesoros acumulados por las clases afortunadas y quieren gozar de ellos sin parsimonia ni previsión, ni pensar en la miseria que vendrá después. Y las clases afortunadas, ante el peligro que amenaza la cultura, no piensan en protegerla, cumpliendo así su misión histórica; no piensan en suprimir rápidamente la pobreza y el dolor, que parecía ser la ambición noble del ideal burgués; no se muestran a la altura de las circunstancias; sólo piensan en gozar, como las abejas de las colmenas ricas, que al sentir las amenazadas por el peligro exterior, según nos dicen los apicultores, no se apresuran a defenderlas sino a hartarse de miel. Las aspiraciones democráticas son legítimas en gran parte y yo me apresuro a encaminar esas bacanales a la conquista de la libertad y la dicha; las aspiraciones aristocráticas, en lo que de excelso tienen, también legítimas son,

y yo, como Apolo, aunque por otros senderos, dirijo esas procesiones a los templos de la ciencia, la belleza y el poder. Pero ambas aspiraciones menester es que prueben su legitimidad; las democráticas demostrando las aptitudes que hacen a los hombres *igualmente* necesarios a la sociedad; las aristocráticas las excelencias que hacen a ciertos hombres *singularmente* aptos para el gobierno o la educación del mundo. Desconfíe el proletariado de los demagogos y charlatanes que ofrecen grandes cosas por poco precio, y no confunda las vejigas con las linternas porque podría quedarse a oscuras. Háganse las clases dirigentes los arúspices del ideal humano; apéense del burro de su feroz egoísmo; sirvan al pueblo y el pueblo las servirá. Yo ayudaré al hijo de Demeter. Siempre lo quise de la entraña y puse mis mostos a su disposición. Estos desbravan los potros de la *gravitación sobre sí*, como la lira de Orfeo amansaba a las fieras.

Aplaudieron los dioses. Luego, restablecido el silencio, habló Jesús.

—Cierto es que Germania ha cometido grandes crímenes y que

debe purgarlos. Así lo quieren a una la justicia humana y la justicia divina. El pecado no puede quedar impune, pero que el castigo no excluya la misericordia. Esta ha de formar parte de aquél y aquél parte integrante de ésta.



PRUEBO la pena solicitada por Dionisos, porque llena ese requisito esencial. Si Germania violó la ley del amor, y ese fué su más odioso delito, nosotros no debemos imitarla. Pero la ley del amor precisamente, nos obliga a velar por los tesoros espirituales que la demencia germana podría intentar de nuevo destruir y enchalecar al loco mientras la locura dure.... sin perjuicio de aplicarle el tratamiento curativo que mejor convenga. Mas antes de suministrarle la medicina es preciso conocer el mal y atacar la causa, no el efecto. El mal está en el alma del germano ahita de diabólico orgullo, apetitos groseros y bárbara impiedad, y así es bien que quién desconoció la humildad, conozca la humillación; que quién practicó la avaricia, viva en la miseria;

que quién negó de beber al sediento, sufra de inextinguible sed. Durante muchos años vivirá Germania vida retirada y penitente para purificarse y entrar con el alma limpia en el concierto de las sociedades cristianas. Necesario es que la amargosa experiencia le enseñe que nada posee el que no se posee; que se quiere mal el que no se quiere en los otros; que sólo perduran las conquistas del que da más que toma y que no hay fuerza que venza la fuerza del amor ni realidad más real que la esperanza. De aquélla nacen los seres y de ésta se nutre el hombre. Toda discordia remata en amor; toda pena en esperanza. Esta y aquel son *estados*, la lucha y la crueldad sólo *tránsitos*. Y el principal deber del hombre, en cuanto hombre, es el de pasar como sobre brasas por estos tránsitos dolorosos para llegar prontamente a aquellos estados inefables. Germania quiso hacer lo contrario, quiso hacer fijo lo que es transitorio y es por eso que a todos los desplantes de su esfuerzo hercúleo les falta lo que les sobra a las seductoras actitudes de Lutecia: la sal cristiana,

la gracia divina. El germanismo es anti-cristiano; su religión una egolatría; su Dios un funcionario de la patria alemana. Ebrio de suficiencia y orgullo pretendió el tal germanismo oponer el conocimiento de lo incognoscible a la revelación; la razón de Estado a la verdad; la tiranía del Imperio a la libertad del género humano; la crueldad al amor; la soberbia a la humildad. He ahí los orígenes espúreos de la KULTUR, y la planta bastarda, nutrida en el suelo maldito del egoísmo y cuya savia es interés y ambición, qué otra cosa podría dar sino espinas y venenos? La supremacía material sola como fin supremo de la civilización, es un ensueño de indigestos pedagogos y bárbaros generalotes, una ambición de brutos. Pocas veces un pueblo picó más alto que el germano en materia de fuerza militar y riqueza, menos veces aún ninguno llegó más lejos que él en la negación del espíritu y la violación de la ley humana. Grosería e inhumanidad, son los productos específicos de la Kultur. Si la riqueza no enriquece también interiormente ni transforma la fatalidad en li-

bertad y justicia, como quiere Mammón, es lisa y llanamente miseria dorada; si el poder no nos hace *humanamente* más poderosos de poco sirve. El hierro del carácter no se convierte en fino acero sin la alta temperatura del amor y el baño frío del renunciamiento. Al germanismo le faltó ese temple. Y de ahí la aberración de una gran cultura sin espiritualidad, de una aristocracia sin nobleza, de una fuerza sin virtud.



sí es, así es—repitieron los dioses. Cristo continuó:

—La concepción germana de la vida, después de haber provocado la guerra más atroz de la historia, le deja al mundo, como fatal herencia, un semillero de discordias, pasiones desatadas e insanos apetitos. Y yo reconozco con infinita amargura que mi precepto fundamental, «Amaos los unos a los otros», no reina en las almas ni reinará mientras enemigos intereses las separen y los hombres busquen la dicha en la posesión de las cosas y no en la posesión de sí mismos.



ESTE es el más grande de todos los bienes. Y sin embargo, cuando digo, « El reino de los cielos está dentro de vosotros », nadie me oye; creyentes y ateos hacen oídos de mercader y volviéndome las espaldas corren desatentados tras los bienes reales, los más falaces de todos, porque poseen en vez de entregarse, aprisionan en vez de libertar y empobrecen en vez de enriquecer. Por otra parte, la sociedad de pobres y de santos, el ideal casto y parvo que creí el único eficiente para que reinase en el mundo el amor y la dicha, resulta hoy menos viable que ayer. Urge buscar otros caminos de perfección. Mammón afirma, y con muy válidas razones, que la pobreza no es santidad, sino miseria, y la santidad, no virtud sino pecado, en un mundo donde el principal deber es el de producir y acaparar, y cree que la comunión de los hombres no la realizará el amor y el desinterés sino el egoísmo y los intereses. Puede que sí; estoy por creerlo. Los míseros mortales no logran libertarse

todavía de los apetitos de la carne pecadora; son barro, concupiscencia, lascivia, y acaso conviene echarle leña grosera al fuego que arde sórdidamente y que lo aticen los vientos de las pasiones, para que se levante al fin la llama abrasadora, alma viva y pura del combustible inerte. Así un día el espíritu libre se desprenderá de la materia esclava. Sí, quizá, se llegará al amor por el camino del interés; quizá, después de haber acumulado todas las riquezas necesarias, según Mammón, para vencer a los monstruos de las tinieblas, se comprenda que la más grande y real es la riqueza interior, la que cada uno, por pobre que sea, lleva dentro de sí; quizá, después de la acumulación avara, venga la repartición generosa y acaben la miseria y la discordia del mundo. Lo cierto y sobre lo que estamos todos de acuerdo es que, por un camino u otro, urge llegar a la libertad, la justicia y el amor... que son precisamente los frutos eternos del árbol de la cruz.

— Así es, así es — tornaron a repetir los dioses.

— Que hable ahora Mammón — ordenó el Tonante.



AMMÓN se puso en pie, colocóse el monóculo en el ojo izquierdo y con voz firme dijo:

—Yo acuso a Germania de haber convertido los intereses, que son lazos de unión en celadas de pícaros; la riqueza, que es generosidad, en sordidez; el trabajo, que es comunión, en traición, y culpo de tamaños desmanes a sus hombres de pluma y a sus hombres de espada. Unos y otros fueron, no locos o perversos, sino sencillamente estúpidos. No comprendieron que yendo contra el interés general tenían forzosamente que ir, tarde o temprano, contra su propio interés. Germania no fué mala, sino obtusa. Acumuló riquezas para empobrecerse. ¡Puede darse cosa más absurda! Pero semejante aberración no la cometieron los que acumularon; la cometieron los que no supieron repartir. La conservación de la vida es fuerza centrípeta, la expansión de la vida fuerza centrífuga. Si es provechoso tener siempre presente lo primero, es muy saludable no olvidar nunca lo se-

gundo. Las clases productoras cumplieron su misión, acumularon; las clases directoras no, no repartieron. Caigan sobre ellas las cóleras divinas. Y el instrumento de la venganza será el pueblo alemán. Así que se quite las antiparras de sus dómines pedantes y empiece a ver claro la paparrucha imperialista, el mismo se hará justicia. Despojará a los usurpadores, degradará a los estrategas de la trapacería y quemará en esfinge muchos filósofos, sin excluir a Kant, que, bien mirado, es el abuelo de la Kultur.



L, con su *razón práctica*, le preparó el terreno a Hegel para la *glorificación del hecho*, foco activo de las doctrinas de la fuerza, y allanó el camino al *interés del Estado* y al pragmatismo político, adobes pangermanistas de los pedagogos que vinieron después. Ayudemos al pueblo a despojarse de aquellas funestas antiparras y pronto la justicia quedará satisfecha. Entre tanto Germania debe devolver lo que usurpó; pagar en tierras o en oro sonante los per-

juicios ocasionados y, sin escuadras ni ejército, quedar aislada moralmente del mundo hasta que se limpie de la ponzoña con que la envenenaron sus pensadores y sus caporales. Con eso y con todo no debemos perderla de vista.



RECUERDEN los dioses que, refiriéndose a Germania, ya decía hace siglos un viejo historiador: « Ese pueblo que miente siempre ». Germania cambiará de condición cuando el engaño y la rapacidad no le aprovechen. Urge demostrarle que la mentira, a la larga, no aprovecha nunca, y que el interés contrario al interés general, es pernicioso siempre. La mecánica económica tiene leyes tan indestructibles como las que gobiernan la mecánica celeste. Si no temiera parecerles a los dioses paradójal, diría que aquélla es hija de ésta. No se puede atentar contra el bien ajeno sin atentar, al mismo tiempo, contra el propio bien. El que perjudica se perjudica; el que estafa se estafa. Roto el equilibrio económico, rota la telaraña, el viento se la lle-

va en girones. Los profesores que con el pangermanismo creyeron construir el cañón de grande alcance del poderío alemán, no hicieron otra cosa que levantarle a éste horeas y patíbulos.

Los dioses me honran al juzgarme capaz de ponerle remedio a los males del mundo. Sin modestia, yo también así lo creo, lo cual no quita que les agradezca cumplidamente la prueba de aprecio y confianza que me dan. Trataré de hacerme digno de ella. Mi plan es muy simple: desarrollaré, por medio de la gimnasia del trabajo, hasta hacerlas equivalentes, las aptitudes de todos; nivelaré las bolsas, sólo con suprimir las prerrogativas fundadas en el capricho y no en la utilidad social, y haré visibles los hilos de plata y de oro que unen misteriosamente a los hombres, las sociedades y los pueblos. Y cuando todos vean su imagen reflejada en los ojos de los otros, los hombres se harán integralmente solidarios, reinarán la libertad, la justicia y el amor y empezará realmente la edad de oro de la humanidad. Antes no.

Los dioses quedaron suspensos



“Y CVANDO TODOS VEAN SV IMAGEN RE-  
FLEJADA EN LOS OJOS D LOS OTROS. LOS  
HOMBRES SE HARAN INTEGRALMENTE SOLI-  
DARIOS, REINARAN LA LIBERTAD, ...

como si, de repente, descubrieran las relaciones secretas y las perspectivas infinitas del amor y del egoísmo. Después de una breve pausa, Mammón continuó:

—No se me oculta que la ejecución de mi plan ofrece grandes obstáculos. Las idolatrías ideológicas, cuyas promesas de ventura no se cumplieron jamás, mantienen viva y enconada la pugna entre los intereses y las morales, nublan el concepto positivo de la humanidad y llevan a las muchedumbres hambrientas y desencantadas al escepticismo y la desesperación. El grosero materialismo de las masas es una venganza contra el espiritualismo embaucador.



L pueblo desdeña las tierras metafísicas de las que fué propietario sin percibir nunca las prometidas y pingües rentas, y ansía las verdes praderas del mundo. Si mira con desconfianza y no sigue a los pastores espirituales, es porque éstos lo engañaron miserablemente. Harto de resignación y místicas esperas quiere hacerse justicia por su mano y va al hecho, al adueña-

miento de la riqueza, porque sabe que ella es real y prácticamente libertad, justicia y amor. Libertad, porque rompe las pesadas cadenas de la pobreza, la ignorancia y el dolor, las grandes miserias del mundo; justicia, porque eleva y nivela en las alturas; amor, porque une a los hombres al través de todas las fronteras. Mas para adueñarse de la riqueza y los mágicos poderes que ella otorga, no bastan las manos del cuerpo, son necesarias también las manos del alma y las manos del espíritu. De ahí que escape siempre a los mancos de alguna parte; a los que no poseen completos aquellos órganos prensivos. El quid está en criar manos y ponerlas al servicio de la humanidad, no porque sí, que esa es una razón que a nadie mueve, sino por conveniencia propia y porque sirviendo la *ley del hombre* hace el hombre lo más necesario, útil y transcendente que puede hacer sobre la tierra. La repartición equitativa de la riqueza vendrá cuando las aptitudes de los hombres sean equivalentes como valor social. Entonces los intereses serán forzosamente comunes. Fuera de esa trayectoria utilitaria de la *gravitación*

sobre sí, para rematar en un centro de atracción general, cualquier intenciona comunista será arbitraria, y, atentando contra la riqueza, atentará contra la humanidad desde que aquella es concentración de energía humana, quinta esencia de lo humano y, por añadidura, el principio organizador que regla las sociedades y va convirtiendo las fatalidades, que esclavizaban al hombre primitivo, en liberación y solidaridad. Y ahí porque el reinado de la Razón comunista trajo siempre en ancas a los monstruos de las tinieblas, que desde el principio del mundo venimos combatiendo todos los dioses. El antagonismo entre el capital y el trabajo es también una crisis de la eterna lucha entre las fuerzas oscuras y las fuerzas luminosas y urge resolverlo en concordia, como en concordia y fusión íntima tienden a resolverse la pugna de la inteligencia y del instinto, del amor y del egoísmo. La socialización de la riqueza va haciéndose lentamente. Las sociedades cooperativas, el trabajo colectivo en las fábricas, la participación del obrero en las ganancias son los módulos más perceptibles de aquel proceso fatal, el cual se efectuaría

rápidamente y sin tropiezos, si las abstracciones del hombre religioso no embrollara el sentido práctico del hombre *sapiens*. Menester es que el *fabricador de ilusiones* y el *fabricador de instrumentos* se fundan en el hombre *humano*, hijo de sus propias obras, que será, como la riqueza misma, voluntad de dominación y voluntad de conciencia.



os superfluos, los vacuos, los charlatanes y los embaucadores siguen propagando las viejas supercherías de lo absoluto y dificultan mi obra, pero yo los suprimiré con mano dura, y los ojos del efímero, verán pasearse del brazo por los jardines del mundo a la libertad y la fuerza, a la justicia y la riqueza, al amor y al egoísmo. El haberle dado feliz término a otras empresas no menos peliagudas me llena de confianza al emprender la descomunal aventura de convertir la riqueza en libertad y justicia. Y venceré porque es necesario que venza. Yo he vencido siempre. Lo repito, y no lo olviden los dioses ni los hombres, sólo es viable lo que nace y crece en las entrañas impuras,

pero fecundas de la utilidad. Estas son un mosto de virtudes supremas, compuesto con los zumos de lo divino y lo humano.

Los dioses volvieron a quedar suspensos. A instancias de Zeus habló, pasados algunos instantes, la hechicera Pandora.

—Germania— dijo — a pesar de su petulancia científica y de las vislumbres realmente inspiradas que, sobre el caso, tuvo el terrible profesor de Basilea, no comprendió nunca mi misión divina, ni sospechó siquiera que, al transformar las desencantadas realidades en ilusiones vitales y los males en esperanzas, arrancaba yo a los mortales de su miserable condición animal y los convertía en dioses capaces de vencer a las fuerzas ciegas de la fatalidad. ¡Torpe ceguera la de Alemania! El orgullo insano y la miopía de sus pedagogos oficiales la indujo a desconocer la excelsitud de mi obra e ir contra la suprema ambición del efímero, que, según lo dijo Apolo (1) es la de establecer el reino de la libertad, la justicia y la dicha en el imperio mismo de la esclavitud, la iniqui-

dad y el dolor. A las fecundas ilusiones que sustentan y encaminan esa ambición sagrada, quiso oponer el germano realidades y verdades sin envidia humana y, por lo tanto, estériles para engendrar la realidad moral, y me tachó de embustera, corruptora y loca, sin considerar un punto que mis ilusiones vitales sobre dar pábulo a la acción fecunda, se transforman dentro de los dominios de la conciencia, en realidades morales y verdades vivientes, las cuales, después de criar alas allí, echan a volar por el mundo y ya no son ideas, sino hechos, ya no ilusiones, sino cosas reales.



La libertad era ayer ilusión pura y es hoy, en gran parte, realidad viva; la justicia pura gollería ayer y hoy verdad en vías de integración; el amor y el altruísmo, ayer sueño de color de rosa y hoy colores de colmada madurez que van cobrando en las sociedades humanas las transformaciones fatales de la agresividad y el egoísmo. Y el que sus idealismos más

(1) *Diálogos Olímpicos*. — I. Apolo y Dionisos, página 64, edición ilustrada.

caros hayan sido en su origen ilusión y engaño, y el que engaños e ilusiones le sirvan todavía de rodrigones y lazarillos, no empuñe al mortal, sino que, por el contrario, lo elevan y dignifican porque dicen bien a las claras cuanto ingenio y heroísmo tuvo y tiene aún que desplegar para vencer al destino formidable y hostil.



La grandeza del hombre estriba en ser hijo de sus propias obras. Habiendo nacido desnudo de cuerpo y alma, indefenso, esclavo y miserable, osó revelarse contra el universo entero y fabricar con sus débiles manos y pueriles ilusiones el mundo que anhelaba su bravo corazón, un mundo libertado de la inicua ley del cosmos. Puede darse mayor portento? Si el efímero hubiese venido a la vida con una conciencia ya hecha y el discernimiento infalible del bien y del mal, habría sido menos grande que promulgando su ley e imponiéndola a los dioses mismos; se recibiera de lo alto, por modo milagroso, la verdad, la libertad y la justi-

cia y no impusiera después de crearlas con risas, lágrimas y sangre, su justicia, su libertad y su verdad no habría realizado el estupendo milagro de darle a la vida, en medio de la indiferencia absoluta de la Naturaleza por el destino humano y su carencia de todo fin moral, el significado preciso y la finalidad transcendente que hacen de la vida ahora una cosa sagrada, la cosa sagrada por excelencia. Esa es la obra de la ilusión; esa es mi obra. Yo he resuelto el problema de la libertad y la justicia, que es el problema central del destino humano, porque sin ellas no hay conciencia y sin conciencia no hay tampoco destino moral, como no pudieron hacerlo, sin engaños místicas o arte de birlibirloque, las metafísicas, las filosofías, las religiones, y lo resolví en sentido favorable al ensueño del hombre: legitimando como *ilusión voluntaria* lo que no podía legitimarse, sin trampa, como *verdad lógica*; haciendo cierto en el mundo de la conciencia la libertad y la justicia, que eran impostura fuera de él. La vida no tenía y tiene, gracias a mí, un objetivo determinado y

excelso: la realización de la *ley del hombre*, que es libertad, que es justicia, que es dicha común.



ERMANIA no supo verlo; desconoció mi poder e influencia, y levantó las formidables murallas de la Kultur para contener la ola de la aspiración humana, esa ola que, desde el nacimiento del mortal, viene rodando y creciendo. Y la ola no dejará piedra sobre piedra, porque sólo respeta los diques que la encauzan sin violencia y llevan a derramarse mansamente en los puertos del amor y de la esperanza. Perezca la Kultur por torpe, horra de *esprit de finesse* y falta de imaginación, y sálvese la Alemania universal de Beethoven y Goethe. Cuando Zeus pronuncie la terrible sentencia las «Sonatas» y el «Fausto» obtendrán para aquélla cien años de perdón. Cien más pido yo por este hecho que voy a relatar en abono del germano. Es un destello aislado de nobleza y fervor, pero que aun así tiene inestimable precio, por delatar en las duras entrañas de la roca el áureo

filón de lo humano. Escuchad: después de un terrible encuentro a la bayoneta, cierto oficial francés enardecido en la persecución del enemigo, se extravía y se acerca, corriendo grave riesgo, a los nidos de ametralladoras alemanas. Otro oficial germano moribundo, que lo ha visto combatir denodadamente, admirando acaso el valor del francés, o deseando lavar sus culpas con un acto generoso antes de abandonar la vida, o hacerlo al modo de los gladiadores en el circo, con alarde heroico, se incorpora del suelo donde yace ensangrentado, le indica a su enemigo, acaso a su matador, el buen camino y dejándose caer de nuevo expira sonriendo. ¡Bravo soldado, noble adalid! Ningún general ganó para la patria alemana victoria más brillante que la tuya. Irene te corona de laureles, Jesús de espinas y yo pongo en tu generoso pecho la grande cruz de la ilusión. Y envuelto en blancos cendales Hermes te conducirá a los campos eliseos todos florecidos de rosas y mirtos, y donde las almas grandes, después de haber bebido de las aguas del Leteo, gozan de

ininterrumpida dicha en medio de una eterna primavera.

—¡Dulce Pandora!, ¡deliciosa criatura!— exclamaron los dioses.

Zeus la besó en ambas mejillas y luego le concedió la palabra a la sin par Irene.



STA se incorporó, y una luz radiante y un aire tibio y embalsamado pareció entrar por los inmensos ventanales del palacio azul.

—Yo acuso a Germania—dijo—de haberme elevado altares en los campos yermos de la violencia y la muerte, echando en saco roto que si soy guerra soy también alianza, que si soy esclavitud soy también liberación, que si soy pena soy también alegría, y que sólo cuando llego a la alegría, la liberación y la alianza, cumplo realmente los supremos designios de nuestro padre y soy grata a los ojos de los dioses. Mi misión divina es transformar la fatalidad en libertad. Cuanto más se perfecciona la materia organizada más libre es. También transformo la discordia en armonía. No la lucha sola, sino la lucha y

la alianza me ponen de acuerdo con la ley del cosmos, de la misma manera que la voluntad de dominación y la voluntad de conciencia con la ley del hombre, con esa ley que fué ayer pura ilusión, que es hoy pura relatividad y que será mañana realidad pura. Los que creyeron servirme dándole rienda suelta al egoísmo y la crueldad, no discernieron ni remotamente mis propósitos. Lo inhumano me es odioso; lo que disminuye la intensidad de la vida me subleva, y la disminuye y envilece todo cuanto tiende a destruir o amenguar la *grande esperanza* del hombre. Por ella éste se ha hecho cuasi todopoderoso. Ella le pone alas a la mente, garras a la voluntad, y lejos de maldecir, como pudiera creerse, la religión de la fuerza y el culto de la acción, que yo inspiro, los proclama y acendra, porque, mientras no rompen las normas de lo humano, son fervores fortificantes, saludables y encaminados a resolverse, sin esfuerzo, en culto de la vida intensa, el cual, si entraña la lucha y la crueldad, es como estado transitorio hacia la alianza y el amor y, a la postre,

remata en religión de la conciencia o sea en adoración de la *grande esperanza*. La Kultur interpretó groseramente la voluntad de los dioses y traicionó la ley del hombre. Y los dioses y los hombres la maldicen. Yo no quise antes pronunciarme sin haber escuchado a Cristo y a Mammón. Temí que este último, como Dionisos, tratase de defender, por haberlo inspirado en parte, el imperialismo alemán; pero después de oído sus discursos no caben ni asomos de duda: ambos dioses respetan los fueros del instinto, del egoísmo y del deseo de poder, pero eso no les impide acatar la radiosa ilusión del efímero, que condenó Germania y que Lutecia siempre defendió, y servirla con todos sus mostos el uno, con todos sus filtros el otro. Yo los aplaudo, condeno a Germania y pido para ella el mismo castigo que Pandora. Nosotras obramos de acuerdo siempre.

Interrogado el Titán y luego Palas y Afrodita, que habían escuchado los discursos de sus hermanos sin tomar parte en la controversia, contestaron que opinaban como Irene y Pandora y entonces

Zeus, después de meditar algunos instantes, se expresó así:



E aquí mi sentencia; perezca la Kultur y sálvese la Alemania universal de Beethoven y Goethe.

La paz y la dicha de los mortales van a ser posibles en breve término. Lo anuncio con profundo gozo. Vencida Germania desaparece el principal obstáculo que se oponía al más apasionado acaso de mis grandes y ocultos desig-nios: la reconciliación de Apolo y Dionisos y la armonía de Cristo y Mammón. La pugna de aquéllos y la enemistad de estos fué, a decir verdad, solo aparente; parecían principios opuestos y eran manifestaciones del mismo principio, concurriendo al mismo fin. Los antagonismos de los dioses, de igual modo que los antagonismos sea del cosmos, sea del mundo, se penetran y resuelven dentro de mí en íntima y acabada alianza, como los sexos contrarios se maridan y funden en la amorosa lucha para dar nacimiento a la armonía del nuevo ser. La historia del universo proclama esa irresistible tendencia

a la lucha y luego a la fusión cadenciosa de los ritmos opuestos. Temis domina cada vez más el caos y este mismo, si bien se considera, es orden sin orden, como si dijéramos orden en bruto. La línea curva se compone de infinitas rectas, la concordia de infinitas pugnas. Los que parecían irreconciliables enemigos, Apolo y Dionisos, Cristo y Mammón son mis hijos, son hermanos, son aspectos distintos del mismo ímpetu. Mi hálito vital al atravesar la materia y para penetrarla más y animarla, se dividió en inteligencia e instinto, amor y egoísmo y también en lo que llaman los hombres, bien y mal; pero todo es el mismo impulso dinámico, la misma corriente de vida, la cual avanza ya junta, ya separada, ya a la luz, ya entre las sombras, siguiendo los cauces cavados por mi voluntad en el tiempo y el espacio. Bien será ahora que los dioses y los mortales vayan conociendo mi verdadera condición que disimulé, hasta cierto punto, porque así era menester a los fines que perseguía. Si a unos o a otros me hubiera mostrado tal cual soy, habrían sido petrificados por una mirada cien veces más terrible que

la de Medusa o fulminados por un rayo infinitamente más exterminador que la chispa que brota del seno de las nubes. Hoy no corren esos peligros. Saben lo bastante para penetrar, sin pavora ni riesgo de morir, el grande misterio. Mi voluntad es el Todo, es la energía madre de la que salieron los seres, las cosas, los elementos, los dioses mismos y a la que los dioses, los elementos, las cosas, los seres, vuelven paulatina e incesantemente.



Los mortales tuvieron inspirados barruntos de mi naturaleza, cuando me llamaron causa primera, el Creador, el Todopoderoso, Dios, y me atribuyeron sagaces la suprema sabiduría, el poder absoluto, la memoria infinita, al darme por esposas e inefables compañeras a la ubérrima Metis, que lo sabe todo y que yo llevo preciosamente guardada dentro de mí; a la poderosa Temis, la ley infalible del orden físico y del orden moral; a la pródiga Mimosina, de quien tuve a las Musas, encantadas madrinan del mundo. Pero yo soy más aún: soy la vida y la muerte,

el ser y el no ser, el principio y el fin, esta vida y la otra vida, el Todo y la Nada. Mi alma contiene las formas del pasado, del presente y del futuro y nada acontece si no está en mis designios. Pero esto no quiere decir que todo esté determinado ni que todo sea igualmente grato a mis ojos, sino que todo está en mí, incluso la libertad y la justicia, estallidos supremos de las potencias oscuras, que después de convulsionar el universo entero y convertir, tras tremenda lucha, lo imponderable en materia tangible, la materia inerte en vida, la vida en espíritu, se hace luz fulgurante en la conciencia del hombre. Lo que esa luz ilumina es el bien; lo que deja a oscuras el mal. Mas sería grave error suponer que la libertad y la justicia, últimos eslabones de una larga cadena, sean obras exclusivas del mortal, porque únicamente en el mundo mágico de la conciencia se realizan; no, todo ha sido preparado por el esfuerzo colosal del cosmos entero para que allí se realice. La ley del hombre es el punto extremo de la ley del cosmos; la libertad el cénit de la fatalidad; la justicia el hito misterioso

de la universal iniquidad. El mármol, una vez esculpido, es estatua, pero no por eso deja de ser mármol.



La forma tiene por soporte a la materia, y el espíritu tiene por soporte a la forma, pero materia, forma y espíritu no son cosas divergentes y antagónicas sino cosas inseparables y amigas, como lo son el egoísmo y el desinterés, la fuerza y el derecho y otras aparentes antinomías por las cuales tanto ha sufrido y sufre la humanidad. Y bien, es preciso que el hombre vea claro y que utilizando todas las energías y practicando todos los cultos, porque todos son legítimos a su manera, acabe de consolidar el imperio de la ley humana en el mundo. He ahí la misión divina que le está confiada a la criatura de barro. Irene y Pandora la inspirarán, sirviéndole de tutores y consejeros, Apolo y Dionisos, Cristo y Mammón y también Palas y Afrodita. Vuelva Prometeo libertado a la tierra en compañía de los dioses amigos del efímero. De unos y otros necesita éste para llevar a feliz término su grandiosa obra

y, en particular actualmente, de Mammón. Muéstrale, Apolo, tu verdadera condición utilitaria a fin de que no se pierda neciamente en locas divagaciones; tú, Dionisos, enséñale a discernir lo que la inteligencia deja a obscuras en el plano de la acción: hazle comprender, Jesús, el interés del amor, y tú, Mammón, el desinterés del egoísmo; revélale ¡oh combativa Palas! los códigos marciales de la razón y tú, voluptuosa Afrodita, los secretos austeros de la belleza, mientras Irene y Pandora le comunican el deseo insaciable y la

sed de lo infinito, padre y madre de la audacia divina del mortal.



D, pues, a la tierra y depositad un ósculo de paz en la frente de Lutecia y sus valerosos aliados. Yo

quiero que la razón de Lutecia, por ser la más favorable a la ambición humana, impere y sea la razón del mundo; pero quiero también que esa razón no olvide su olímpico origen, y lleve siempre, como Palas, lanza y escudo.

BUENOS AIRES, Julio de 1919.

~ DIALOGOS OLIMPICOS ~

Iº APOLO Y DIONISOS

IIº CRISTO Y MAMMON

IIIº PALAS Y AFRODITA

EN PREPARACIÓN



